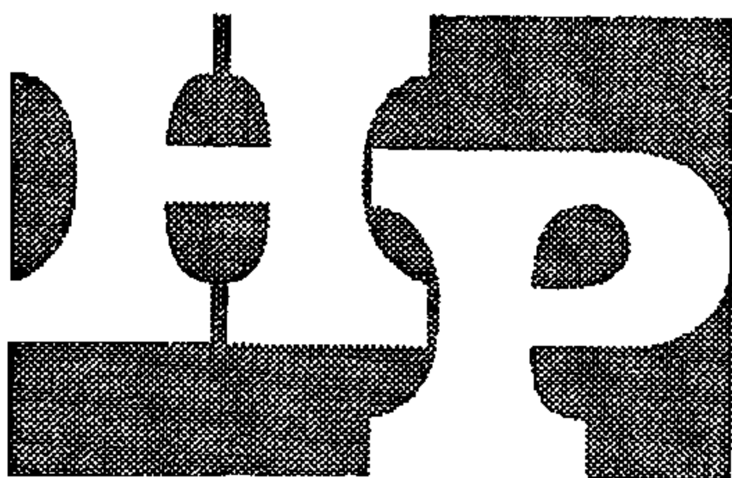
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERIE Héroes de la PRADERA

Silver Kane

ERAN CUATRO PISTOLEROS...





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

ERAN CUATRO PISTOLEROS

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 27
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

Déposito Legal B 21126-1970

Impreso en España - Printd in Spain

1.º edicción: enero, 1970

FRANCISCO BRUGUERA - 1970

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

LA TABERNA DE LOS ALEGRES MUERTOS

A unas siete millas de Carson City, la capital de Nevada, en plena ruta de los mineros, había en 1870 un parador, establecimiento de bebidas, saloon y garito, todo al mismo tiempo, que tenía el nombre más sorprendente que se pudiera imaginar. Se llamaba Los Alegres Muertos. Quién le puso ese nombre no se supo nunca, pero el que lo hizo tenía razón. En aquel lugar había más de tres muertos cada veinticuatro horas, y, sin embargo, todo el mundo reía, se divertía, cantaba… Incluso, según se decía, hubo un tipo que, al recibir un balazo mortal, cayó al suelo para siempre con una sonrisa en los labios.

Como por allí no se acercaban casi nunca el *sheriff* ni sus ayudantes, aquello venía a ser el lugar ideal para un asesinato o para una emboscada.

Algo de eso debía tener preparado el tipo que al anochecer llegó a la taberna de Los Alegres Muertos, descabalgó de su corcel, y, ajustándose los revólveres que llevaba colgados muy bajos del doble cinto, entró en el local tras empujar con el pecho los batientes.

Aquel hombre, que apenas contaría treinta años, era Mike Galea y tenía ya una fama que no hubiera podido conseguir fácilmente ni el mismo Satanás, caso de convertirse en pistolero.

Cuando Mike Galea llegaba sólo a algún sitio, era que no tenía el propósito de divertirse. Cuando ansiaba pasar un buen rato, solía venir acompañado de varios pistoleros para que le garantizasen su tranquilidad. Si llegaba solo y sin llamar la atención, era porque llevaba clavado en el cráneo algún designio de muerte.

Sin embargo, aunque Galea no pensaba divertirse, lo primero que hizo al entrar en el *saloon* fue dirigirse a un pequeño reservado de la parte trasera, donde sabía que le estaba aguardando una mujer.

Abrió la puerta sin llamar y la vio. Efectivamente, la mujer estaba allí.

Y no era cualquier cosa.

Ceñido vestido rojo, zapatos negros de alto tacón, que cuando estuviera en pie debían colocar su figura como sobre un pedestal, medias de malla al estilo de las más descocadas bailarinas, amplio escote y labios rojos e incitantes como una tentación.

Ésa era la mujer que esperaba a Mike Galea. Pero Mike Galea no iba a hablar con ella de amor, ni mucho menos. Iba a hablar con ella de un asesinato.

Se sentó en una silla, al otro lado de la mesa, frente a la mujer, y dijo sencillamente:

—Hola, Ruth.

—Has tardado, Mike.

—A fin de llamar la atención, he pasado por diversos *saloons* de Carson City. Todo el mundo me ha visto y me cree aún allí. Quiero que cuando he de dar un golpe se me suponga bien lejos del lugar donde éste está preparado. ¿Es que ya te sentías impaciente?

—Empezaba a temer que ese hombre llegara y no estuviera todo dispuesto.

—No temas. Si ha salido de Elko a la hora que nos señalaron, no puede estar aquí antes de las nueve. Tú le conoces bien, ¿no?

—Yo le conozco perfectamente. Y tú también, supongo, aunque no le hayas visto nunca.

Mike Galea se pasó la lengua por los labios, que empezaba a tener secos.

—Justo. No le he visto nunca, pero sé de él tantas cosas como si nos hubiéramos criado juntos. Y él sabe todavía más cosas de mí. Es el hombre que más implacablemente me ha perseguido a lo largo y lo ancho de todo el Oeste. No le importa asegurar en todas partes que el abrasarme a tiros es el único objetivo de su vida. Mientras él exista, yo no podré sentirme seguro en ninguna parte.

—¿Ya qué obedece ese odio tan terrible que siente por ti? —preguntó Ruth, con suavidad—. No me lo has dicho nunca.

Mike Galea se pasó otra vez la lengua por los labios y entornó los párpados, como si esto le ayudara a evocar lejanos recuerdos.

—Hace dos años yo asesiné a su mujer —susurró—. No la asesiné, simplemente, sino que lo hice después de ultrajarla. Su mujer… era muy bonita.

—¿Dónde fue eso? —preguntó Ruth, mientras un violento relámpago parecía pasar por sus ojos.

—En Phoenix, Arizona. Wilcox había comprado un pequeño rancho cerca de la ciudad y allí vivía, sin más compañía que la de su mujer. Él estaba fuera cuando sucedió aquello.

—¿Y qué hizo después, cuando llegó al rancho y se dio cuenta de lo que había sucedido?

—Ninguna huella me acusaba —susurró Mike Galea—. Era… como si hubiese pasado un fantasma. Él no podía saber quién era el asesino y a quién tenía que buscar para vengarse. Pero entre los dedos de la mujer había quedado un pequeño pedazo de mi camisa, que era de color gris. Eso dio una pista a Wilcox, pista que luego encontró su confirmación.

—¿Cómo?

—Extrajo la bala al cadáver de su esposa y examinó las estrías que presentaba el proyectil. Aquel mismo día maté a un hombre cerca de allí, y Wilcox le extrajo también la bala. Las estrías eran idénticas. Como a aquel hombre lo había matado yo, supo en seguida que Mike Galea era el asesino de su esposa.

—¿Qué hiciste tú, entonces?

—Aquella misma noche, sin sospechar que había sido descubierto, yo marché de Arizona y fui a Nuevo México. No imaginaba que eso me iba a salvar la vida. Wilcox, quien me buscaba afanosamente, perdió mi pista y no la ha encontrado todavía.

—No lo comprendo.

—Es que hizo entonces una cosa muy rara. Se largó de Arizona y durante un año nadie volvió a saber de él. De repente, volvió… con dos revólveres siempre cargados, una soga siempre lista y una placa de agente federal. Todo esto quiere decir que estaba autorizado por el Gobierno de los Estados Unidos para hacer justicia en el Oeste. Y como en el Oeste la justicia sólo se administra de un modo, Wilcox empezó a hacer funcionar la cuerda y el plomo. En menos de seis

meses colgó a cerca de treinta hombres y cosió a balazos a unos cincuenta más. Jamás he sabido de un federal que hiciera una faena semejante en tan poco tiempo. Todo el centro de Nevada, que estaba lleno de forajidos, quedó limpio en seis meses. Pero Wilcox aún no estaba satisfecho y perseguía a sus víctimas hasta las últimas ratoneras. Vázquez que había asesinado a cerca de treinta campesinos y que siempre lograba huir, fue cazado anteayer y su cuerpo aún está bailando al extremo de una cuerda. Pero Wilcox es a mí a quien busca. Todas esas muertes vienen a ser como un entrenamiento para él. Estoy seguro de que cada vez que liquida a un pistolero cree liquidarme a mí. Si algún día llegara a encontrarme, estoy seguro de que me quemaría vivo. Hasta sé que, para poder obrar con mayor libertad, ha renunciado a su placa de federal. Ahora es como una fiera.

—En ese caso, ¿por qué no te has ido más lejos? —preguntó Ruth, con un extraño temblor en los labios.

—Porque ya no puedo correr más. Yo me gano la vida en el Oeste, y el Oeste ya empieza a ser pequeño para los dos. He recorrido Arizona, Nuevo México, California y ahora Nevada. Él ha recorrido los mismos territorios, siempre detrás de mí. O le liquido o terminará alcanzándome algún día. Wilcox es de los que no perdonan jamás.

—¿Y por eso le has tendido esta trampa? ¿Confías en liquidarle?

—Estoy seguro de ello. Dos hombres especializados esperan ahí fuera, en la parte exterior del local. Son Jensen y Ramírez, quienes partirían a diez yardas una moneda de diez centavos. Otros tres, apenas entre Wilcox, le provocarán y procurarán distraerle. Para Jensen y Ramírez será entonces muy fácil acabar con él.

Mike Galea extrajo una bolsa de piel del bolsillo superior de su camisa y la tendió a Ruth a través de la mesa.

—Cinco mil dólares. Tu recompensa por traer a Wilcox a esta trampa.

—No quiero nada —musitó Ruth.

—¿Rechazas cinco mil dólares? Pero ¿por qué?

—Para mí será suficiente satisfacción saber que Wilcox está muerto.

—No acabo de entenderte, Ruth. Creí que lo conocías sólo un poco, lo suficiente para atraerle aquí con una carta tuya. Pero no

podía imaginar que lo odiases tanto.

Ante el silencio reconcentrado de la muchacha, preguntó, transcurridos unos momentos:

—¿Por qué?

—Yo estuve enamorada de Wilcox toda la vida, desde que era una niña —musitó Ruth, sordamente—. Pero él se casó con otra, con la mujer que tú asesinaste. Prometí que un día llegaría mi venganza, y ahora tengo la ocasión. Yo lo he traído hasta aquí con una carta. ¡Ahora mátalo! ¡Matadlo entre todos! ¡Para mí será bastante recompensa saber que está bien muerto!

Se había exaltado, poniéndose repentinamente en pie. Mike Galea iba a pedirle que no alzase tanto la voz, cuando en ese momento se abrió la puerta que daba a la parte exterior de la taberna. Un tipo vestido de negro, con las pistoleras muy bajas, musitó:

—Atención, jefe. Han llegado Jensen y Ramírez. Y también…

Hizo una pequeña pausa para añadir:

—… y también ha llegado Wilcox.

* * *

La taberna de Los Alegres Muertos estaba a aquella hora en pleno apogeo.

La pianola del establecimiento sonaba y sonaba sin cesar. Una muchacha bailaba sobre una mesa con gran revuelo de faldas. La mitad de los clientes estaban ya borrachos y la otra mitad se dedicaba a jugar a los naipes entre imprecaciones y frases subidas de tono. En un rincón, un hombre a quien acababan de clavar una bala entre los ojos, estaba aún sentado en su silla, y los de su alrededor, completamente borrachos, le decían:

—Anímate, hombre.

Ése era el ambiente de la taberna de Los Alegres Muertos cuando Wilcox entró en ella.

Wilcox había cumplido veintinueve años aquel mismo día, precisamente. Iba vestido como un hombre de la frontera, con pantalones ceñidos, botas altas, una cazadora de piel y dos revólveres último modelo al cinto. Sobre su costado derecho también reposaba un puñal. Era rubio, tenía los cabellos ligeramente ondulados, los ojos acerados y grises y el mentón

saliente.

Era uno de esos tipos que se ven una sola vez y ya no se olvidan nunca…, sobre todo si le dejan alojada a uno, como recuerdo, una bala a medio palmo del corazón.

Entró lentamente en la taberna de Los Aleares Muertos, se acodó en la barra y pidió al propietario:

—Un *whisky* doble.

Mientras se lo servían, Wilcox preguntó:

—¿Ha visto por aquí a la señorita Ruth Foresman?

—Siempre está en el local a estas horas, señor. Está contratada para cantar todas las noches. Si usted tiene interés en verla, no tardará ni un cuarto de hora en actuar sobre aquella mesa.

—Observo que una de las ventajas de Los Alegres Muertos consiste en que las bailarinas actúan bien cerca del público, ¿eh?

—En efecto, señor, y viene mucha gente desde Carson City para ver actuar a Ruth Foresman.

Wilcox apuró de un sorbo el contenido de su *whisky* doble, y decidió:

—Está bien. Ruth me ha citado de una manera muy especial, pero la esperaré aquí como cualquier hijo de vecino. Sírvame otro doble.

Jensen y Ramírez en aquellos momentos, se colocaron a su espalda.

Jensen era alto, gordo, un verdadero coloso qué parecía capaz de aplastar a un hombre normal con el pie. Había llegado de Manitoba, en el Canadá, donde durante varios años se había dedicado a la caza de pieles, y se aseguraba que era capaz de acertar cualquier blanco con un «Colt» del 45.

Ramírez, mexicano del norte, era delgado y fuerte, todo nervio. Manejaba el cuchillo tan bien como el revólver, y cuando apuntaba a un hombre con intención de matar, ese hombre podía ya considerarse muerto.

Tales eran los dos enemigos con los cuales tendría que enfrentarse Wilcox… si le dejaban tiempo para ello.

En otro lugar, apoyados en una mesa, cuatro hombres pagados por Galea esperaban el momento propicio para provocar al federal y dar ocasión para que los otros lo asesinasen.

Y buscaron la ocasión para provocar a Wilcox empezando a

hablar de él en voz alta, como si ignoraran su presencia allí.

—Yo os digo que Wilcox nunca ha matado a tantos hombres como se asegura —masculló uno—. En el fondo es un fanfarrón que está buscando la manera de hacerse un nombre en el Oeste. Cuando alguien le contrate como pistolero profesional con un buen sueldo, enviará a los infiernos su placa de agente del Gobierno.

—Aseguran que es capaz de partir una moneda en el aire, a diez yardas, con un solo disparo —dijo intencionadamente otro.

—¡Bah! ¡Fanfarronadas!

—Wilcox es un tipo de esos que sólo sabe presumir ante las mujeres. De todos modos, creo que tenía una y se la birlaron. Si fuese tan buen tirador, el que lo hizo ya estaría muerto.

Había cuatro vasos en la mesa, ante los hombres. De improviso se oyó algo así como un trueno cercano, y los cuatro vasos saltaron por los aires, hechos añicos. Lo que hubo de maravilloso en aquellos disparos no fue su precisión, porque los vasos estaban cerca, sino la fantástica velocidad con que fueron hechos. Un hombre que apretaba el gatillo con tal rapidez, era capaz de matar a seis enemigos en sólo seis segundos. Los cuatro pistoleros que estaban ante la mesa, saltaron hacia atrás con las facciones lívidas y las bocas abiertas por el asombro.

Wilcox con los codos apoyados en la barra y los revólveres desmayadamente colgados de sus manos, invitó:

—Vamos, sacad una moneda.

—Pe… pero…

—Sacad una moneda si no queréis que gaste todas las balas en vuestra piel. Y arrojadla bien lejos.

Uno de los pistoleros, temblando, extrajo un níquel y lo arrojó contra la pared del fondo con todas sus fuerzas. La moneda, rebotando, trazó una extraña y rápida parábola por los aires. Incluso resultó difícil seguirla con los ojos. Pero Wilcox hizo un solo disparo, sin mover apenas el brazo, y la moneda se convirtió en brillantes fragmentitos de metal que volaron como metralla en todas direcciones.

—Ya veis que lo de las monedas no era mentira del todo —silabeó—. Y os advierto que ahora los próximos disparos serán para vosotros si decís una sola palabra más.

Jensen y Ramírez, en lugar de intervenir, estaban como

petrificados de asombro. En vista de ello, uno de los pistoleros, irritado, sacó su revólver y trató de disparar contra Wilcox. Éste hizo otro suave y perezoso movimiento con el brazo derecho, su «Colt» restalló igual que un látigo dos veces y el pistolero dejó caer el revólver, alcanzado en el hombro y el brazo del mismo lado. Wilcox pudo haberle matado, pero no lo hizo. Se limitó a inutilizarle para que no pudiera manejar un revólver con rapidez en todo el resto de su vida.

—Éste ha sido el segundo aviso —musitó—. No vendrá el tercero, porque la próxima tontería que hagáis os acribillo a todos. Y ahora que nos hemos hecho grandes amigos —sonrió—, os invito a beber.

Mike Galea, que lo veía todo desde la puerta entreabierta del reservado, masculló:

—¡Condenación! ¡Wilcox va a salir vivo de aquí si esos dos imbéciles no se mueven de una vez!

Pero ni Jensen ni Ramírez se movían. Eran hombres que vivían de su gatillo, hombres que sabían apreciar un buen disparo y un buen tajo de cuchillo, y ante lo que había hecho Wilcox, no salían de su asombro. Sobre todo, Jensen, que era el más ingenuo de los dos. Estaban allí quietos como estatuas, con la boca media abierta, sin acordarse de que Galea les pagaba para que actuasen y no para que se dedicasen a contemplar a Wilcox.

—Ese tipo… es fenomenal —barbotó Jensen.

—Pero yo le liquidaré —susurró Ramírez, reaccionando al fin—. Él detuvo hace ocho meses a mi hermano, lo entregó al juez, y el juez lo hizo colgar de una horca. ¡Maldita sea! Por eso he dicho a Galea que haría este trabajo. Y lo terminaré, aunque ese fulano tire como los mismos diablos.

Se despegó de la barra y se acercó un poco a Wilcox. Hizo:

—¡Chist!

A Ramírez no le gustaba matar por la espalda.

Wilcox se volvió como una centella. Fue a echar mano a sus armas, cruzando las manos a una velocidad diabólica, y en ese momento dos disparos de Ramírez le trituraron los revólveres dentro de las fundas, antes de que llegara a tocarlos.

Wilcox estaba a merced de Ramírez. Por una vez, un hombre había sido más rápido que él, aunque el mexicano tenía ya las

armas desenfundadas cuando el otro se volvió.

Ramírez pensaba sólo en su hermano ahorcado cuando gritó:

—¡Muere!

Iba ya a disparar, sin que Wilcox pestañease tan siquiera, cuando Jensen levantó su «Colt» para decir:

—No me gusta que mates a un tipo así, Ramírez, sin darle una oportunidad. Luego se me revuelve el estómago, ¿sabes? Y a lo mejor me enfado y te clavo a ti una bala en la cabeza.

—Jensen, tú deberías apoyarme, maldito seas.

—Voy a darle un revólver a este hombre para que se defienda. No hay que disparar contra alguien que no puede responder. Y no te pongas nerviosillo, Ramírez, porque yo también tengo el dedo ligero.

Mientras sostenía el «Colt» con la derecha, lanzó el revólver de su funda izquierda en dirección a Wilcox. Éste lo alcanzó al vuelo, con una mágica habilidad.

—Vas a pelear contra los dos —dijo entonces Jensen—. No creas que porque te he dado una oportunidad voy a permitir que salgas vivo de aquí. Guarda ese revólver en una funda y prepárate. Tú, Ramírez, guarda también tu petardo. Vamos a desafiarnos con este tipo como mandan las normas de la buena educación.

Wilcox, sin apartar la mirada de sus dos nuevos enemigos, distendió los labios en una suave sonrisa y arrojó al suelo uno de los revólveres inservibles, mientras guardaba el que le había prestado Jensen. Éste disparó repentinamente a través de la funda y abrió la cabeza a uno de los pistoleros que estaban detrás de Wilcox, y el cual se disponía ya a asesinarlo por la espalda.

—Ya he dicho que esas bromas me revuelven el estómago —masculló—. Dale al dedo, gallito.

Los tres hombres, situados frente a frente —dos contra uno—, movieron a una velocidad de vértigo los brazos que ya tenían arqueados sobre las armas y «sacaron» a la vez. Wilcox fue nuevamente más rápido. Arqueándose con aquella agilidad que le había hecho famoso en todo el Oeste, movió la cadera, y el revólver saltó sólo al aire. Dos segundos después, había hecho dos disparos, y sus enemigos soltaban las armas igual que si les hubiese mordido una serpiente. Dos líneas sangrientas se habían marcado de repente en sus manos.

—No temáis, no están atravesadas —dijo Wilcox, con tranquilidad—. Sólo os he marcado con las balas para que tuvierais que soltar las armas. Que esto os sirva de recordatorio para que otro día, si volvéis a enfrentaros conmigo, penséis que tiraré a matar. ¡Y ahora, fuera de aquí!

Ramírez se miró la mano ensangrentada, se escupió encima de ella con asco y salió de Los Alegres Muertos, seguido por la mirada de Wilcox. Jensen, en cambio, se rascó la barbilla sin saber qué hacer.

En ese momento, los tres pistoleros que quedaban vivos de los cuatro que había contratado Galea, echaron a correr hacia la puerta, mientras dos de ellos tiraban de la empuñadura de sus «Colt». Incluso el herido hizo un gesto para cubrirles la retirada. Wilcox se arrojó al suelo y las balas pasaron altas. Él desenfundó su arma e hizo fuego también.

Pero nunca hubiera conseguido acabar con unos pistoleros que le habían cogido desprevenido de no contar con la ayuda de alguien que fue tan rápido como él moviendo el gatillo.

Ese alguien fue Jensen.

Jensen, a quien no le gustaban los traidores, hizo fuego también, y un momento después, los tres pistoleros estaban muertos junto a la puerta.

—No sé cómo agradecerle esto, amigo —susurró Wilcox, mirando a Jensen—. Tengo la sensación de que me ha salvado la vida por dos veces.

—Sí. He hecho un mal negocio.

—¿Por qué?

—Porque me habían pagado precisamente para que lo quitase de en medio.

Los dos hombres se echaron a reír.

—¿Quiere un trago? —ofreció Wilcox.

—Sí —dijo Jensen, el gigantón—, pero yo sólo bebo leche.

—¿Sabe que me es usted simpático, a pesar de que tiene pinta de matasiete?

—Y usted me es simpático a mí. Venga ese vaso de leche.

Bebieron los dos acodados en la barra. Jensen, un vaso inmaculadamente blanco, y Wilcox, otro *whisky* doble.

—Bueno, y ahora que somos amigos —dijo Jensen después,

ofreciéndole las muñecas—, ya puedes detenerme.

—¿Detenerle? ¿Por qué?

—Estoy reclamado por veinte o veinticinco delitos, desde el asalto a una diligencia en Kansas hasta el saqueo de un gallinero en California. Ya empezaba a querer cambiar de vida y ajustar mis cuentas con la ley, pero uno nunca se acostumbra a que le metan entre rejas. Ahora ha llegado el momento. Saque las esposas y enchiróneme.

Wilcox se encogió de hombros mientras ofrecía a Jensen su bolsa de tabaco.

—Hoy estoy de vacaciones, amigo. Venga a verme dentro de un par de años y volveremos a hablar de este asunto.

Pagó las consumiciones, le saludó llevándose una mano al sombrero y salió de Los Alegres Muertos.

Ni siquiera preguntó a Jensen quién le había pagado para eliminarle. Había en el Oeste tantos forajidos que ansiaban verle en un ataúd, que lo mismo daba un nombre que otro. Él seguía vivo, y en paz.

Mientras se disponía a montar en su caballo, vio un jinete que se alejaba a toda velocidad de su montura en dirección a Carson City. A causa de la distancia y por estar de espaldas, no se fijó especialmente en él. Ni siquiera pudo sospechar que aquel hombre era Mike Galea, el mismo al que había estado buscando por todo el Oeste para acribillarle a balazos desde el vientre a la cabeza.

Pero antes de que montara, alguien se acercó a él. Alguien que se movía con un fru-fru de sedas y avanzaba acompañado de un perfume obsesionante. Wilcox volvió la cabeza y la vio.

Ruth no había cambiado gran cosa desde sus años de niña, cuando ambos jugaban en la pradera sin límites y decían que cuando fuesen mayores se casarían el uno con el otro. Aún tenía los mismos ojos de mirar inocente, los mismos labios tiernos, jugosos, un poco infantiles. Aún había en ella algo silvestre y puro que la corrompida Carson City no había logrado destruir. Pero por sus vestidos, por su forma incitante de andar, por el descaro de sus joyas, Ruth era la más hermosa vampiresa que Wilcox había tenido jamás ante los ojos.

El hombre se mordió los labios al verla así, tan hermosa y al mismo tiempo tan perdida.

—Hola, Ruth —musitó.

—¡Wilcox! —Ella fingía una gran alegría mientras le echaba los brazos al cuello—. ¡El único amigo que tengo, el único hombre de quien me puede fiar! ¡No sabes cuánto necesitaba verte!

—¿De veras?

—Te lo juro, Wilcox. Estaba ansiosa de que este momento llegara. Necesitaba… ¡Oh, necesitaba tantísimo verte!

—Eres muy amable, Ruth.

Ella intentó hacer más intenso su abrazo. Wilcox se lo consintió, pero permaneciendo frío como una estatua.

—Te necesitaba tanto… —susurró Ruth.

—¿Por eso me has escrito?

—Sabía que estabas en Nevada y no pude resistir la tentación de verte. Yo aquí estoy sola, estoy abandonada… No puedo moverme de este maldito local al que llaman Los Alegres Muertos, cuando deberían llamarlo Los Tristes Vivos. Y quería pedirte una cosa, Wilcox.

—¿Cuál?

—Que si decides llegar hasta California, me lleves contigo. He decidido establecerme en San Francisco o en Los Angeles. Estas tierras no son para mí.

Había hecho más intenso y mimoso su abrazo. Wilcox murmuró:

—Y en el camino hasta San Francisco pueden prepararse doscientas emboscadas más, ¿no es eso?

—¡Wilcox! Pero ¿qué piensas?

—Sólo esto, Ruth.

Movió el brazo derecho y la apartó lejos de sí con una seca bofetada. Ruth cayó al suelo con una inmensa expresión de estupor, mientras unas gotitas de sangre aparecían en sus labios. Su vestido rojo[1] se manchó con el polvo ocre de la calle.

—Tus maniobras están empezando a resultar pasadas de moda, Ruth —dijo el hombre—. Si tuvieras cuarenta años y un maldito pasado detrás tuyo, me parecerían muy naturales todas esas traiciones que estás cometiendo. Pero sólo tienes veinticuatro años, aún pareces una chiquilla y lo que ocurre contigo es triste. ¡Muy triste! Sólo por tu juventud no te entrego al *sheriff* de Carson City

para que te envíe diez años a la cárcel. Pero si vuelto a verte, creo que lo haré.

Ruth, desde el suelo, masculló:

—¡Pagarás esto, maldito!

—Todo se paga en esta vida, cariño. Por eso estás tú ahora por el suelo manchándote tu hermoso vestido rojo. ¿Quién era el que quería matarme? ¿Quién te ha empleado como cebo?

Ruth supo que haría un gran daño al corazón de Wilcox cuando pronunciara aquel nombre. Y por eso lo pronunció, escupiendo las palabras:

—¡Mike Galea!

Wilcox palideció un momento, luego acarició el cuchillo que colgaba de su cinto y susurró con los ojos brillantes como los de un loco.

—¡Mike Galea está en Carson City! ¡Por fin!

Dio media vuelta y se alejó, sin mirar más a Ruth. Pero en ese momento, Jensen salió corriendo de la taberna.

—¡Eh, espérame! ¡Quiero ir contigo, diablos! Wilcox le esperó, y los dos emprendieron juntos el camino hacia Carson City, la ciudad del mal.

Ya eran dos pistoleros.

Capítulo II

El Cuchillero

Jensen estaba limpiando sus revólveres, en la puerta del hotel donde se hospedaba, cuando Wilcox subió poco a poco los escalones del porche y se acercó a él.

—¿Qué? ¿Nada?

Wilcox, antes de contestar, se sentó pensativamente junto a su nuevo amigo, en el banco que había cerca de la puerta.

—No lo entiendo —dijo.

—¿Es que no aparece ese condenado Mike Galea? Pues llevas veinticuatro horas buscándolo.

—Sí, ya lo sé, y Carson City no es tan grande. Debería haberlo encontrado ya.

—Puede haber escapado de la ciudad al saber que ibas tras sus huellas con dos revólveres cargados.

—Tú mismo te has ocupado de vigilar los alrededores y tienes la casi completa seguridad de que no ha podido salir de Carson City.

—Eso es cierto.

—Y sin embargo, no aparece por ninguna parte. Debe tener el don de evaporarse como los fantasmas.

Creo que no queda más solución que fingir que me marcho de la ciudad. Entonces se confiará y habrá llegado el momento de que ajustemos cuentas. Tengo dos revólveres preparados para él, pero prefiero «trabajar» a cuchillo. Así se dará más cuenta de que llega su fin.

—¡Diablos! No hables de cuchillos, Wilcox.

—¿Por qué? ¿Qué te ocurre?

—A pesar de que siempre llevo uno, me da angustia pensar en una hoja afilada. Imagino que alguien quiere rebanarme el cuello y… Brrrr…

—No te preocupes, Jensen. Tú eres bueno con el revólver. No tendrás jamás necesidad de llegar al arma blanca.

—Es que hay tipos, como por ejemplo, Griley, que no saben terminar una pelea si no es a cuchillada limpia. Tiemblo al pensar que yo pudiera vérmelas con un tipo así. Hasta las navajas de afeitar me dan miedo, cuerno.

—No te preocupes. Griley tiene un hermano gemelo que no sabe manejar ni un cortaplumas. Ya ves lo que son esas cosas.

—De todos modos, si alguna vez he de enfrentarme con cualquiera de los Griley, mejor que sea con el hermano gemelo —suspiró Jensen—. En cuanto a mí, si me echan encima un tipo que sabe manejar bien el puñal, me desmayo.

—Bueno, hombre, no hay necesidad de que hablemos de Griley ahora. Seguramente no lo veremos en toda nuestra vida. ¿Qué tal está Ramírez?

—Bebiendo todo el día y diciendo que te matará por haberle humillado delante de tanta gente. Pero no le hagas caso. En el fondo, es un buen muchacho que practica obras de caridad. Yo sí que soy un mal bicho.

No había acabado de decir esto, cuando por el extremo de la calle apareció el más extraño grupo que hubieran podido imaginar.

Se componía de dos niños y un asno.

El niño, que iba de pie, conduciendo al animal, debía tener unos doce años y era alto, rubio, con las facciones enérgicas y el mirar valeroso de los que ya han tenido que aprender lo que es la vida. Sobre el borriquillo iba una niña de unos cinco años, envuelta con ropas muy desastradas y viejas. Los dos vestían de luto.

El niño detuvo su borriquillo ante el hotel y lo ató al amarradero tal y como habría visto hacer cien veces a las personas mayores. Mientras tanto, la pequeña se secaba muy disimuladamente un par de lágrimas que empezaban a brotar de sus ojos. El dueño del hotel, que debía haberles visto venir desde el *comptoir*, salió al umbral y murmuró:

—¡Vaya! Ya están aquí ésos.

—¿Quiénes son? —preguntó Wilcox.

—Dos huérfanos, señor. Ella es la hermana pequeña de ese crío. Y ya me imagino lo que pretenden.

—¿Qué?

—Dejármela. Pedirme que la cuide yo y que la adopte. ¡Vaya! Que sea un padre para ella.

—Pero ¿por qué? ¿Qué ocurre?

—Ese niño no tiene familia en todo Carson City.

—¿Y qué ocurrió con sus padres?

—¡Hum! Fueron ahorcados hace una semana por los bandoleros de Steve, al negarse a entregarles su rancho. Una fea historia, sí, señor. Supongo que esos dos pequeños se salvaron de milagro.

—¿Y desde hace una semana van por ahí sin que nadie les atienda?

—Yo les he dado de comer a veces, y duermen donde pueden. Y seguro que han llegado a imaginarse que como tengo un hotel y doy hospedaje a tanta gente, no me importará tener a mi cuidado a dos personas más.

El pequeño, entretanto, se había acercado ya al por che, subiendo a él, y se detuvo ante el dueño del hotel, saludándole respetuosamente con el sombrero en la mano.

—Buenos días, Cochran. Quisiera hablar con usted, si no tiene inconveniente y puede atenderme ahora.

—¡Ejem! Pues claro que puedo atenderte, muchacho… Brrr… ¿Qué se te ocurre?

—Verá, míster Cochran. Mi hermanita Leonor… Bueno, no puedo consentir que siga durmiendo al raso como una bestezuela salvaje. Por mí es igual, ¿sabe? Pero ella… En fin, he intentado pensar en todas las personas de Carson City que pudieran adoptarla.

—Y te has acordado de mí, ¿eh? ¡Qué cariñoso!

—Usted tiene en su casa a mucha gente, míster Cochran. No le importará una persona más.

—Sí, pero la gente que yo tengo en mi casa paga. ¿Entiendes? Paga.

—De todos modos, Leonor sabe fregar platos, sabe barrer el suelo y quitar el polvo a los muebles, sabe…

—Si yo me quedo con tu hermanita no será para emplearla como criada, muchacho. Cochran hace las cosas bien o no las hace. Pero el caso es que ahora has llegado en muy mal momento, porque no

está mi mujer y ella es quien tiene que decidirlo.

—Lo comprendo, señor, pero Leonor está enferma y no puede seguir viviendo de esta manera.

—El que va a acabar enfermo pero que muy enfermo seré yo si hago algo sin consentimiento de mi mujer. Mira, muchacho, busca por el momento alguna otra cosa y vuelve pasado mañana. Entonces estará ella.

El pequeño dio media vuelta, hundió la cabeza, con lágrimas en los ojos, y empezó a descender los peldaños del porche.

Wilcox y Jensen, que habían escuchado el diálogo con gran atención, fueron a levantarse a un tiempo. Pero el primero que se levantó fue Jensen, el gigantón, quien con su enorme estatura y su terrible peso, casi hizo retemblar las tablas del suelo.

Parecía un ogro a punto de devorar al chiquillo. Pero esta sensación que producía se esfumó de repente, cuando dijo:

—¡Eh, tú, pequeñín, precioso! ¿Qué le pasa a tu hermanita chirriquitína?

—¿Qué desea usted, señor? —preguntó el muchacho, volviéndose, un poco asustado.

—Tu hermana y tú os alojaréis en este hotel y yo pagaré la cuenta —dijo Jensen—. Por ahora, tengo dinero. Hala, chico, no te preocupes por lo que pueda ocurrir. Entrad, lavaos bien y luego que os atiborren de comida. Jensen paga, qué cuerno.

El muchacho, sin decir palabra, fue hasta donde estaba atado el borriquillo, desmontó a su hermana y se la entregó a Jensen, mientras trataba de disimular las lágrimas que habían acudido a sus ojos.

—Aquí la tiene, señor. Cuídela y que Dios se lo pague.

—Pero ¿tú no te quedas?

—Si yo me quedase, dejándome mantener por los otros, nunca me abriría camino en la vida. Es preciso que trabaje y que me convierta en un hombre para poder luego venir a buscarla.

—Tú ya eres todo un hombre —dijo Wilcox, mirándole al fondo de los ojos—. Estate tranquilo y no vuelvas a preocuparte por tu hermana. Jensen sabrá defenderla.

—¡Uf! ¡Pero qué cosa tan pequeña! —rió el gigantón—. ¡Eh, usted Cochran! ¡Ase un pollo y prepare una buena jarra de cerveza! ¡Esta niña necesita comer!

—No seas animal —dijo Wilcox—. A su edad…

—A su edad yo ya comía pieles de gato hervidas, y mira cómo estoy. ¡Venga, Cochran! ¡Un pollo y un barril de cerveza!

A todo esto, el pequeño hermano de Leonor había desaparecido ya.

Y los dos hombres se disponían a entrar en el hotel, con la pequeña, cuando por el centro de la calle, avanzando en línea recta hacia ellos, apareció Ramírez.

El mexicano venía con los puños apretados, sus mandíbulas formaban una mueca y toda su expresión era de tormenta.

—¡No seas bestia, Ramírez! —gritó Jensen.

Pero Ramírez siguió avanzando.

Wilcox apoyó los pulgares en su cinto y preguntó calmosamente desde el porche:

—¿Qué quieres, Ramírez?

—Ajustar cuentas contigo. Tú me humillaste delante de media ciudad y eso no quedará así mientras yo tenga fuerzas.

—En primer lugar, en Los Alegres Muertos no estaba media ciudad, Ramírez. Y en segundo lugar, yo no te humillé, sino que me limité a defenderme.

—Pues ahora vas a tener que defenderte otra vez. Y con los puños, como los machos. Venga, baja al centro de la calle, si es que no te tiemblan las botas.

—Te advierto, Ramírez —dijo Jensen—, que yo no te pago el médico.

—Ni yo —dijo Wilcox— te pago el entierro.

—¡No creas que lo voy a necesitar! ¡Baja!

Wilcox se acercó a él, desabrochándose poco a poco el cinto para dejarlo caer al suelo. Una vez sin revólveres, se detuvo a cuatro o cinco pasos de su enemigo.

—¿Estás dispuesto a terminar tu vida aquí? —preguntó Ramírez, con el semblante ensombrecido.

—¡Diablos! Tanto Como eso…

—Yo no peleo a medias. Yo peleo hasta la muerte, como los hombres. Si no te liquido a golpes, te abriré de arriba abajo con el cuchillo.

—¡No, con el cuchillo, no! —gritó Jensen, aunque él no iba a participar en la pelea.

—Sólo uno de los dos volverá vivo del centro de la calle —dijo Ramírez, con los ojos llameantes.

Y sin más advertencia, se lanzó al ataque. Tenía fibra, nervio, y, sobre todo, deseos de matar. Era de los rivales más peligrosos en el cuerpo a cuerpo con que Wilcox se había encontrado en su vida. Lo notó inmediatamente.

Cuando intentaba ponerse en guardia, pagó Wilcox su exceso de confianza, Ramírez le propinó un gancho al mentón, le clavó la rodilla en el vientre y lo envió a tierra revolviéndose de dolor.

Ramírez no le dio cuartel. Peleaba como los monos, empleando no sólo los puños, sino todos los músculos de su cuerpo. Propinó a Wilcox un puntapié al costado, dejándolo sin respiración, y luego lo sujetó por las manos, haciendo una hábil maniobra. Antes de que Wilcox pudiera comprender lo que sucedía, estaban haciendo con él el molinete y ya volaba por los aires viendo girar a su alrededor las casas de la calle.

Salió proyectado y fue a dar contra Jensen, rodando los dos por el suelo.

Jensen gritó:

—¡Pero, diablos, yo no tengo nada que ver!

—Ahora harás el ridículo tú, Wilcox —masculló Ramírez—. Todos sabrán que a mí no se me humilla dos veces.

—Pero, muchacho, si yo no…

Ramírez lanzó un cruzado, logrando cazar en la mandíbula a Wilcox, que ya se había incorporado. Wilcox sintió como una conmoción en todo el cráneo y cayó a tierra fulminado.

Veía ahora a Ramírez como un paquete impresionante de músculos que se acercaba a él. Comprendió que aquella pelea iba a ser la muerte y aún intentó un último esfuerzo para apaciguar la locura de su enemigo.

—Mira, Ramírez, esto puede acabar mal. Al fin y al cabo, tuve razón en lo de Los Alegres Muertos y debí haberte matado, pero si quieres te pediré perdón. Sólo anhelo exterminar a un hombre llamado Mike Galea y reservo todas mis balas para él. No compliques más las cosas.

Ramírez le escupió sus insultos.

—¿Encima tratas de perdonarme la vida? ¡Cobarde!

—¡Repite eso, Ramírez!

—¡Cobarde!

Wilcox se puso en pie.

—Lo siento, pero ésta es tu última pelea. Cuando mis puños te hayan destrozado, cuando ya no tengas cara, iremos a cuchillo.

—¿Sí? ¿Y a qué esperas, gusano?

Fue otra vez él quien se lanzó al ataque, creyendo que podría cazar a su enemigo. Pero ahora Wilcox ya no deseaba que la pelea terminase bien, ya no estaba lleno de deseos de paz sino de deseos de muerte.

Detuvo el «jab» de su enemigo, le cazó con un directo al estómago y lo hizo retroceder.

Con esto lo tuvo a la distancia ideal. Le clavó dos cruzados a los ojos y lo envió contra uno de los amarraderos con la visión nublada a causa de la sangre.

Pero Ramírez no se amilanaba por una cosa así. Volvió a la carga. Con el dolor, sus fuerzas se habían duplicado.

Quiso enlazar a Wilcox por la cintura y hacerlo caer otra vez para luchar con él en el suelo, donde se sentiría más seguro. Acababa de comprobar que en la media distancia su enemigo tenía puños de hierro.

Pero no lo consiguió. Wilcox le destrozó completamente el pabellón de la nariz de un golpe en corto, lo volvió a enviar hacia atrás y le conectó cuatro monumentales ganchos sincronizados, dos a la mandíbula y uno en cada sien que hubieran causado la muerte de cualquier hombre.

Pero Ramírez todavía aguantó.

Atacó de nuevo, y de repente, el mundo terminó para él. La serie que Wilcox le propinó fue a la cabeza y al corazón, de las que no perdonan, de las que matan. Algo como un estallido terrible se produjo dentro de su cabeza y Ramírez cayó fulminado a tierra.

Jensen suspiró:

—¡Diablos! Ha muerto. Y no era mal bicho. Cuando yo andaba mal de fondos, él me prestaba dinero.

Ramírez se agarró a la tierra con los dedos crispados, y con las facciones convertidas en un manantial de sangre, susurró:

—¡Todavía no he terminado! He dicho que uno de los dos moriría en esta pelea y así ha de ser. ¡A cuchillo, macho!

Había desenvainado el «Bowie» que colgaba de su cintura, y,

tambaleándose, como un muerto que anduviera, se acercaba a Wilcox. Éste extrajo también su cuchillo de un seco tirón. Sus ojos acerados se movieron siguiendo los pasos del enemigo que se aproximaba.

Ramírez era un hábil cuchillero. Amagó, haciendo una finta, y desorientó a su enemigo para lanzarse después como un rayo. Quizá de haber estado más entero habría podido herir a Wilcox, pero ahora éste detuvo fácilmente el golpe. Movió su arma, de abajo arriba y abrió por completo la camisa de Ramírez trazando un surco sangriento en su piel. Pero no lo mató. Aquello solo fue un aviso. Se resistía a acabar con un adversario que peleaba tan noblemente.

Se alegraba ahora de no haber podido matarlo cuando le propinó aquella serie fatídica a la cabeza y al corazón.

—Más vale que tires el arma, muchacho —invitó.

—¿Crees que soy un cobarde?

A pesar del dolor insufrible que sentía en todo su cuerpo, y a pesar de saber que iba a morir, no desfalleció. Lanzó otro golpe, ahora al vientre, intentando cazar desorientado a Wilcox. Pero éste había peleado docenas de veces con arma blanca y conocía todas las tretas. Detuvo este golpe también.

Ramírez, con la vista nublada, quedó unos instantes ante él, quieto, sin energías ya ni para levantar los brazos.

Wilcox movió con toda su fuerza uno de los puños.

Pero no fue el derecho, donde llevaba el arma, sino el izquierdo. Ramírez recibió el golpe en el mentón y cayó con los brazos en cruz, completamente desfallecido.

—Me alegro de no haberlo matado —susurró Wilcox.

—Pues falta poco —gruñó Jensen, rascándose pensativamente la cabeza.

Pero se equivocaban los dos.

Cuando se dirigían hacia el saloon para obtener un cubo de agua con que despabilar al caído, oyeron detrás de ellos el «clic» de un martillo que se alzaba.

Sonó una detonación y un grito de agonía.

Al volverse, vio Wilcox a un hombre que caía con el «Bowie» de Ramírez clavado en el pecho. Ese hombre llevaba aún entre las manos un revólver humeante.

Wilcox lo reconoció en seguida como uno de los pistoleros que

tiempo atrás galoparon con Mike Galea. Sin duda había intentado asesinarle por la espalda, siendo alcanzado por el cuchillo de Ramírez cuando ya iba a conseguir su propósito.

—No me gustan los traidores —gruñó Ramírez desde el suelo, hecho un guiñapo de sangre—. No me gustan. ¡Buag!

Wilcox no le dio las gracias porque sabía que el otro iba a volver a enfadarse si se portaba educadamente con él.

—¿Qué quieres? —Gruñó—. ¿Un balde de agua o una botella de *whisky*?

Ramírez dijo:

—Venga el *whisky*, cuerno.

Y, tambaleándose, entró detrás de los otros dos en el *saloon*.

Ya eran tres.

CAPÍTULO III

SALUDOS PARA EL AHORCADO

Jensen tomó un vaso grande de cristal, donde cabía medio litro de líquido, lo llenó la mitad con leche y la mitad con *whisky* del fuerte y lo olió satisfecho, haciendo «tlac, tlac» con la lengua.

—Pero ¿qué diablos estás preparando? —preguntó Ramírez, quien llevaba la cabeza convertida en un mapa de esparadrapos y vendajes.

—¿Que qué estoy preparando? ¿Es que no lo ves, so jalmelgo? Preparo un biberón para la niña, para la gringuita. Una cosa delicada y floja, claro, porque la pequeña tiene el estómago tierno.

—¿Llamas floja a una bebida que lleva casi medio litro de *whisky*?

—Flojísima. Una bebida para recién nacidos, te le aseguro yo. Y conste que entiendo mucho de cuidar niños.

Pasó a la habitación de la niña, que empezaba ya a adormilarse, y le hizo beber a pequeños sorbos la infernal mezcla. La pequeña, que nunca había encontrado a la leche un sabor tan raro, hacía toda clase de muecas. Pero Jensen la tranquilizó:

—Vamos, gringuita, que éste es un biberón para niños de pecho. Puedes beberlo tranquila. Mañana, para desayunar, te daré otro igual mezclado con mojama y fréjoles fritos, y verás qué bien te sienta.

La pequeña terminó de beberlo todo, pero diez minutos después estaba borracha como una cuba y cantaba a grito pelado desde su cama atrevidas canciones que había oído a los vaqueros de los ranchos, mezcladas con villancicos de Navidad.

—Hay que ver cómo son los pequeños de ahora —dijo Jensen, meneando la cabeza, con expresión de desengaño—. No te aguantan nada, ni siquiera un biberón. ¡Vaya asco!

Se acercó a la ventana y desperezó su enorme corpachón mientras bostezaba aburridamente.

—¡Buah! ¿Es que Carson City se ha transformado en el patio de un convento? ¡Diablos, aquí hace por lo menos veinticuatro horas que no pasa nada! Ni un ahorcado, ni un asesinato, ni un triste asalto al Banco. Pero ¿qué va a ser esto?

—Carson City se está transformando en una ciudad civilizada —dijo Ramírez—. Dentro de un par de años son capaces de obligarnos a ir a la escuela. ¡Puaf! Con tanta calma da asco vivir aquí.

El balazo, que hizo polvo los cristales de la ventana, pasó junto a su boca y estuvo a punto de arrancarle todos los dientes delanteros.

—¡Mi tía!

Los dos pistoleros sacaron sus armas y se apostaron detrás de la ventana, uno a cada lado, para empezar a repartir tiros, si es que allí iba a haber guerra. En ese momento entró Wilcox en la habitación y con el revólver desenfundado se colocó junto a ellos.

—¿Qué sucede? —preguntó Jensen.

—No lo sé. Iba a entrar cuando la bala se ha clavado en la cerradura. Puede que alguien intente sitiarnos o puede que no tenga nada que ver con nosotros. Dejadme mirar.

A través del hueco contemplaron la calle, convertida ahora en el centro de un verdadero terremoto de disparos. Lo que allí sucedía daba la sensación de un caos, pero los ojos de los tres hombres, acostumbrados a las peleas en las calles del Oeste, se dieron cuenta de que todo los que llenaban la calle estaban, en realidad, disparando contra un solo hombre.

Éste era un tipo joven, vestido de negro, pero con un sombrero blanco. Sin duda había sido cazado por sorpresa y estaba en una situación más que precaria, protegido tan sólo por la barandilla de un porche, las balas no le habían alcanzado ya por verdadero milagro.

Y acosado por varios enemigos a la vez, no sabía, en realidad, contra quién disparar.

No debía ser tampoco ningún fenómeno con el revólver, porque sus balas, excepto dos, se perdieron en el vacío.

—Ese hombre está perdido —anunció Wilcox—. No sé quién es, pero tiene poca habilidad con el revólver.

Y en cuanto se le terminen las municiones…

Efectivamente, el del sombrero blanco agotó sus doce tiros, y como sus enemigos estaban materialmente volcados sobre él, no tuvo tiempo de recargar sus armas. Antes de que pudiera escabullirse, varias manos cayeron brutalmente sobre él y le inmovilizaron tras llenarle de sangre y convertir en guiñapos sus vestiduras.

—¡A la horca! —gritó una voz—. ¡A la horca!

—¡Hay que lincharle aquí mismo!

Las voces subían de tono y todas pedían la inmediata aplicación de la salvaje ley de Lynch.

Wilcox gruñó:

—No sé quién es ese tipo porque desde aquí no puedo distinguirlo bien. Pero no me gusta que a un hombre se le ahorque sin antes ser condenado en regla. Vamos, muchachos. Creo que tenemos trabajo.

Salieron los tres a la calle, llevando los revólveres bien encajados en sus fundas. Vieron que el prisionero era un tipo alto y fuerte, de unos veintisiete años, rubio y con las facciones tostadas por el sol. El *sheriff*, que estaba delante de él, lo señaló gritando:

—¡No hay duda! ¡Es Griley!

—¡Diablos! —masculló Jensen, palideciendo—. ¡Griley, el mago del cuchillo! ¡Si a ese tipo le dejan sacar su «Bowie», es capaz de degollar a la ciudad entera!

—Pero con el revólver no es ningún fenómeno —observó Wilcox.

—Claro. Él, con el cuchillo, ya tiene bastante. Si no llegan a atraparle por sorpresa, no le detienen. Pero sospecho que ahora han terminado todas sus aventuras.

—¿Crees que lo ahorcarán?

—Está reclamado en este condado por ladrón de caballos. Ya sabéis lo que eso significa: una corbata de cáñamo y adelante. No hay remisión.

En este momento, el *sheriff*, quien estaba junto al juez, un tipo pequeñajo y vestido de negro, acusaba:

—Estás reclamado por ladrón de caballos, Griley, y sabes que

eso significa la horca en este territorio. ¿Qué tienes que alegar?

—Lo primero, que cuando robé un caballo en un rancho del desierto, fue porque primero no quisieron vendérmelo. Y antes que morir de hambre y sed, me apropié de él.

—Todos dicen lo mismo —decretó el *sheriff*—. Argumento desestimado. ¿Y cuál es la segunda cosa que tienes que decir?

—Sencillamente, que yo no soy Griley.

—¿Que no eres Griley? Pero ¿estás loco? ¿Tan estúpidos nos crees como para tragarnos una cosa así? ¡Mira! —Y le mostró un pasquín, donde estaba reproducido exactamente su rostro—. ¡Este tipo y tú sois como dos gotas de agua! ¡Niega otra vez que eres Griley y te ahorcamos ahora mismo!

—Soy Griley, pero no el que buscáis. Yo soy solamente su hermano gemelo.

Las voces, que seguían pidiendo la muerte del prisionero, descendieron repentinamente de tono. Todo el mundo había oído hablar de aquel hermano gemelo de Griley, un buen muchacho que apenas sabía manejar las armas y que nunca se metía en nada. Un infeliz, por decirlo así, para aquellas tierras del diablo. Y el solo pensamiento de que podían estar cometiendo un error, mientras el verdadero Griley seguiría libre y campando por sus respetos, hizo enmudecer a todos.

Pero el *sheriff* les sacó de dudas.

—Es muy cómodo para este tipo decir que él es un angelito y que no tiene ninguna culpa de haber nacido hermano gemelo de Griley. Si hubiéramos de creer eso sería necesario capturarlos a los dos, y aun así no estaríamos seguros de quién es el auténtico culpable. De modo que si no puedes probar que tú eres el hermanito, bueno, más valdrá que vayas inventando otra excusa, nene.

—Puedo probarlo —dijo el preso con voz firme—. Mi hermano gemelo, el Griley a quien todo Nevada busca, ha muerto.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde está enterrado?

—En Elko.

El *sheriff* lanzó una risotada.

—Cada vez te vuelves más tonto, amigo. En primer lugar, Elko está a muchos días de galope de aquí, y en segundo lugar, aunque consiguiéramos llegar allí y abrir la tumba, nadie nos asegura que el

cadáver que encontremos es el del hermano «bueno». Con nosotros no van a valerte las disculpas porque estamos decididos a que en Carson City impere la ley. ¡Vamos! ¡Una cuerda!

Manos febriles y ansiosas tendieron una soga, que fue pasada por la rama de un árbol y luego ceñida a la garganta del preso. Éste ni siquiera pestañeaba. Y el juez, para dar a todo aquello una cierta apariencia de legalidad, decretó:

—¡Griley, quedas condenado a muerte por cuatrero y por escándalo nocturno! ¡Cúmplase la sentencia!

Varias manos fueron a tirar de la soga, y cuando ésta se ponía tensa, un proyectil la segó limpiamente en dos trozos.

Todos los rostros se volvieron asombrados hacia el que había hecho aquel disparo. Y vieron a Wilcox quien jugueteaba con un revólver humeante en su mano derecha.

—No me gusta que se ahorque a un hombre sólo por diversión —dijo lentamente—. Lo más probable es que este hombre haya dicho la verdad y no sea Griley el cuatrero, sino su hermano gemelo. En consecuencia, vais a dejarlo libre inmediatamente.

Hablaba con tal aplomo, con tal seguridad, que nadie se atrevió a protestar. Todos habían comprobado, además, la diabólica puntería de su revólver. Sólo el *sheriff* se opuso al fin.

—Tienes mala fama en Car son City y en Nevada entera, Wilcox. Se te acusa de tener los dedos rápidos y de haber venido a la ciudad con el solo objeto de matar a un hombre llamado Mike Galea, quien tiene buenos antecedentes. Si intentas liberar a este tipo, puedes ser tú el que vaya a la horca.

—¿Sí?

Wilcox seguía jugueteando con el revólver.

—¡Sí!

El *sheriff* había intentado «sacar» con la velocidad del rayo. Wilcox hizo un solo disparo, casi sin moverse, y le atravesó la mano derecha.

—La próxima vez tiraré a matar, *sheriff*. Si quiere usted ahorcar a muchos hombres y así hacer méritos para las elecciones, le aconsejo que cambie de sistema. Nada más. Desaten a ese hombre y entregénmelo sano y salvo inmediatamente.

El *sheriff* no sabía qué decir. Todo el mundo estaba dudando ante aquella situación inesperada.

Pero de pronto dos tipos de los más conocidos en Carson City por su afición a los linchamientos se lanzaron a la carga.

Uno extrajo un «Bowie» e intentó apuñalar al preso. El otro, con su «Colt», quiso acabar con Wilcox aprovechando el momento en que éste miraba tan sólo al *sheriff*.

Pero Wilcox era de esos tipos que parecen tener ojos en todas partes. Apenas se movió, girando tan sólo el revólver un poco, y atravesó de parte a parte la cabeza de su enemigo.

Ramírez ya le había echado el ojo al otro. Gritó:

—¡Déjamelo, macho!

Se arrojó sobre él, le rompió de una salvaje torsión el brazo con que empuñaba el «Bowie» y lanzó al hombre como un fardo contra el corpachón de Jensen. Éste sacó la tripa y el del puñal salió rebotado contra los peldaños del porche, donde quedó sin sentido.

—Te has librado —gruñó Ramírez—. Me da asquito matar a los que duermen…

Wilcox, entretanto, repitió:

—No estoy dispuesto a perder más tiempo. ¡Vamos! ¡Entréguenme a ese hombre de una maldita vez!

No hubo más resistencia. Todos se apartaron y el condenado pudo andar por su propio pie hasta sus inesperados salvadores.

Jensen gruñó:

—Puedes alojarte en nuestro hotel, gorrión. Y me alegro de haber conocido a un inútil como tú. No debes valer ni la octava parte que tu hermano gemelo.

—Tienes razón —susurró humildemente, Griley.

—Pues andando. Entra en ese hotel.

Entraron los cuatro, seguidos por la mirada expectante de medio Carson City.

Ya eran cuatro pistoleros.

CAPÍTULO IV

CARTA DEL MÁS ALLÁ

El viejo, montado sobre un derrotado penco, llegó a Carson City, detuvo la montura junto a un saloon y se dejó caer de la silla con tanto desmayo que por poco queda de bruces en el suelo.

Debía tener unos sesenta años y llevaba al cinto un cuchillo y un antiguo «Colt Frontier» de mucha potencia pero de poca rapidez de tiro. Daba la sensación de ir a desplomarse de un momento a otro después del interminable viaje Empujó los batientes del saloon y tuvo que apoyarse en ellos para poder entrar sin caerse.

Dentro había muchos bebedores, pues era la hora de mayor animación. Casi nadie prestó atención al viejo, que se dejó caer de bruces sobre la barra para pedir con voz desfallecida.

—Un *whisky*… Pero un *whisky* así de grande, cuerno.

Se lo sirvieron y empezó a beber con tanta ansiedad que se atragantó. Estuvo lo menos cinco minutos tosiendo. Y tan fuertes fueron las contracciones de su garganta que hubo un momento en que rompió sin darse cuenta, de un tirón, la cinta de cuero que colgaba de su cuello.

Una bolsa que pendía de esa cinta cayó al suelo con un cantarino sonido metálico.

Ahora el viejo ya despertó más atención.

Todos los hombres que se encontraban en aquel *saloon* eran mineros que buscaban oro o pistoleros que estaban decididos a conseguirlo de cualquier manera. De un modo u otro, el sonido metálico despertó repentinamente su interés.

El viejo terminó de beber a toda prisa su *whisky*, mientras

ocultaba la bolsa en uno de sus bolsillos, pagó dejando una buena propina y preguntó al barman:

—¿Conoce usted a un hombre llamado Wilcox?

—¿Wilcox? ¡Cuerno, es como si me preguntaran si conozco a Satanás! No hay en Carson City quien no lo haya oído nombrar. ¡Valiente tipo que lo resuelve todo a golpes de gatillo!

—¿Dónde vive?

—Seguramente lo encontrará en el Colonial, en compañía de otros tres tipos como él.

—¿Qué clase de tipos?

—Tres pistoleros que se han propuesto revolver esta ciudad de arriba abajo. Sólo uno de ellos es pacífico, un desgraciado llamado Griley.

—¿Griley? ¡Pero si ese tipo es capaz de abrir a tres hombres con un solo golpe de cuchillo!

—Es que el que está aquí es el hermano gemelo de Griley. El auténtico Griley, el del cuchillo, murió y está enterrado en Elko. Éste no vale ni para sangrar a un caballo enfermo. Y basta ya de preguntas, abuelo, que la propina no da para tanto y ésta es una ciudad donde hablar resulta peligroso a veces.

El viejo musitó un débil «Gracias» y plegó velas, saliendo poco a poco del local.

Tres hombres le siguieron.

Habían llegado aquella mañana a Carson City para asaltar el Banco local en cuanto les fuese posible. Pero el Banco había remitido casi todo su oro por la diligencia horas antes. Era fácil que no encontrasen ni mil dólares fuera de la caja fuerte. Por eso permanecían en Carson City esperando que se les presentase otra oportunidad.

Este viejo lo era.

En la bolsa de oro al menos llevaba dos mil dólares.

Para llegar al Hotel Colonial había que atravesar una zona de calle que estaba completamente a obscuras. El viejo se internó por ella. Los tres tipos le siguieron como sombras.

Uno de ellos saltó cuando estaban en el centro de la zona de tinieblas.

El viejo parecía esperar aquello. No se amilanó. Al sentir el peso de su contrincante, que intentaba clavarle un cuchillo en la espalda,

se arqueó y lo impulsó repentinamente por encima de su cabeza. Luego se arrojó sobre él para estrangularlo mientras lanzaba maldiciones en voz baja.

Era demasiado noble y no sacó ni tan siquiera su antiguo «Colt Frontier».

Apenas estuvo sobre el pistolero le clavó un golpe de canto en la garganta y lo dejó sin respiración. Luego se puso a estrangularle clavándole científicamente los pulgares en el cuello. Los dos compañeros del caído se acercaron tranquilamente a él.

Uno de ellos, con la boca torcida en una extraña mueca, sacó su «Bowie» y probó el filo con un dedo.

—Asunto terminado.

Sujetó por cabellos al viejo, le echó la cabeza hacia atrás y le abrió la garganta de un solo tajo.

—Asunto terminado —repitió.

El caído se incorporó teniendo aún la sensación de que había perdido el mundo de vista.

—Gracias, Charlie. Tenía fuerza el maldito zorro. Mira a ver cuánto llevaba en la bolsa.

Charlie la abrió y echó una ojeada al contenido.

—Lo menos hay dos mil dólares. Buen golpe. ¡Ah!... También hay una carta.

—¿A quién está dirigida?

—No se ve bien, pero me parece que... ¡Diablos! ¡A Wilcox!

Los tres hombres se miraron durante unos instantes. El solo nombre del pistolero que había hecho esconderse a Mike Galea como una liebre asustada les infundía un irreprimible temor.

Y de repente una voz dijo:

—Está bien; si la carta es para mí, dádmela.

Se volvieron como reptiles mientras desenfundaban sus armas. El más veloz en hacerlo fue Charlie. Fue también el primero que murió.

Wilcox, que había aparecido a un extremo del callejón, hizo fuego a través de la funda, moviéndose casi con aburrimiento, y le atravesó la cabeza. Charlie dio un salto hacia atrás y quedó extrañamente plegado junto a una de las paredes.

—¿No seguís? —preguntó Wilcox al ver que los otros detenían el movimiento de sus revólveres.

—Nosotros… ¡Maldita sea, Wilcox! ¡No tienes porqué meterte en esto! ¡Si lo que quieres es una parte del botín te daremos lo que le correspondía a Charlie!

—No me gusta esa clase de insultos. «Saca» tú primero, buitre.

El que acababa de hablar movió la derecha con una rapidez de crótalo, imitado por su compañero. Los dos hombres levantaron los revólveres a la vez, teniendo la sensación de que lograrían cazar a Wilcox. Pero éste había desenfundado también su «Colt» con un suave tirón y movía ya el índice a una velocidad endemoniada. Tenía razón Mike Galea al esconderse ante él. Los dos pistoleros cayeron con el corazón atravesado antes de poder ni tan siquiera disparar.

Wilcox sopló con negligencia en el cañón de su revólver y se inclinó sobre el viejo por si aún era posible hacer algo por él.

Demasiado tarde. El viejo había muerto.

La cuchillada había sido implacable, y el pobre hombre estaba ya bañado en su propia sangre. Tal vez si Wilcox hubiera acertado a llegar unos minutos antes…

Estaba así, inclinado sobre el muerto, cuando creyó notar junto a él la presencia de alguien. Elevó los ojos y vio una falda negra que se ceñía a los relieves de una mujer. Un poco más arriba había unas caderas anchas y bien torneadas. Y más arriba aún el escote, los labios y los ojos brillantes de Ruth.

Un pequeño detalle. Entre las caderas y el escote, destacando poderosamente sobre el vestido negro, había un revólver plateado con el que la mujer le apuntaba directamente a la cabeza.

—Ésta es una noche de sorpresas, Ruth.

Ella no contestó. Seguía apuntándole con seguridad, pero temblaban sus labios.

—¿Quién te envía? —preguntó él al cabo de unos instantes—. ¿Tal vez Mike Galea?

—Mike Galea está fuera de la ciudad.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo has buscado por todas partes, pero sin llegar a pensar que pudiera disfrazarse para así poder huir.

—Ese condenado cobarde… ¿Habrá llegado a tanto?

—Mike Galea contratará pistoleros y volverá a Carson City para acorralarte como a un perro. Pero todos sus esfuerzos para matarte

resultarán inútiles.

—¿Por qué?

—Porque antes te habré matado yo.

Wilcox se puso en pie y miró a la mujer cuyos labios seguían temblando, temblando…

—¿Y por qué habrías de matarme tú, Ruth?

—Porque me maltrataste, porque me humillaste como una mujer perdida.

—Yo no humillo a las mujeres perdidas, Ruth. Pero a las que se confabulan para asesinarme, sí.

—¡Merecías cien veces que te exterminase! ¡Lo merecías, Wilcox!

—¿Porque hubo un día en que me casé con otra mujer?

—Desde que ese día llegó, Wilcox, he estado deseando matarte —susurró fríamente ella.

—Muy bien. ¿Por qué no disparas ahora?

Ruth echó suavemente el martillo hacia atrás. Ya sólo le faltaba un golpecito con el índice y Wilcox iría a dormir el sueño eterno. Comenzó a cerrar el dedo. Wilcox ni tan siquiera pestañeó.

Seguía mirando a la mujer con una fría y lejana sonrisa en los labios.

—Vamos, ¿por qué no disparas?

Ruth apretó los dientes, furiosa ante el desafío de Wilcox, y cuando iba a oprimir el gatillo dejó caer el revólver al suelo con un gesto de infinito hastío, de rabia, casi de desesperación.

—¡No puedo! ¡No puedo! Luego le devolvió su revólver.

—Toma, atrévete ahora.

Los ojos de Ruth brillaban.

—Wilcox, bésame otra vez —gimió—. ¡Bésame otra vez!

—No volveré a besarte nunca más, Ruth. Lo he hecho sólo para que te atrevieras a disparar contra mí.

Las facciones de la mujer se crisparon como las de una tigresa a punto de saltar.

—¡Maldito!

Pero en ese momento, cuando ella iba a hacer fuego definitivamente, apareció el *sheriff*. Éste había localizado, por fin, el lugar de donde antes procedieron las detonaciones. Enarcó las cejas al ver cuatro muertos en menos de dos metros cuadrados de

terreno.

—Pero ¿qué es esto? ¿Una epidemia?

—Yo sólo he matado a tres, *sheriff* —dijo Wilcox—. Es poca cosa, pero estoy aprendiendo…

—¡Basta de bromas! No le culpo por lo de esos tres granujas porque ya les tenía echado el ojo encima. Pero ¿quién es el otro?

—El otro es un viejo sirviente de mi amigo Fred. No lo había visto desde hace varios años.

—Esa carta que hay en sus manos, ¿es para usted?

Wilcox la tomó entre sus dedos.

—Sí, para mí.

Ruth, mujer al fin, se inclinó sobre su hombro para susurrar:

—¿Qué dice?

—Esta carta —musitó Wilcox en voz baja— es una carta del otro mundo.

CAPÍTULO V

MINEROS DE NEVADA

Cuatro hombres se encaminaban con paso firme y elástico hacia la oficina del registro de minas de la ciudad de Carson City.

Eran cuatro tipos que, juntos o por separado, hubieran quitado el hipo a cualquiera.

Wilcox, Jensen, Ramírez y Griley.

Era a primera hora de la mañana, y había transcurrido muy poco tiempo desde que el viejo llegado a Carson City fue asesinado para robarle y Wilcox administró implacable justicia a los que creían que con sus puñales podrían dominar a la ciudad.

Wilcox llevaba en uno de los bolsillos de su camisa la carta que el viejo transportó hasta el lugar donde había de encontrar la muerte.

Caminaba seria y reflexivamente, pensando en el hombre que le había hecho enviar aquella carta. Ramírez iba junto a él, sin decir palabra. Detrás marchaba Jensen, haciendo objeto de sus constantes pullas a Griley.

Desde que supo que aquél no era el famoso cuchillero, sino su hermano gemelo, le había perdido todo respeto. Continuamente le enseñaba un puñal y le decía: «Anda, nene, tómalo a ver si te cortas». Griley, por timidez o porque nunca había tocado un arma blanca, solía encogerse de hombros y dejar que Jensen se burlara de él.

Ahora el gigantón iba riéndose a sus anchas, como de costumbre.

—¡Je, je! ¿Quieres que te regale mi puñalito, Griley? Anda,

tonto, puedes emplearlo para limpiarte las uñas. Te advierto que apenas hace pupa. ¿Qué dice mi pequeñín?

—Digo que me dejes en paz, Jensen.

—¡Uf! ¡Si tú fueras como tu hermano! ¡Ése sí que debía ser todo un tío! ¡Pero tú, un hombre que no sabe ni cortar pan con un cuchillo…! ¡Puaf! ¡Deja que me ría!

—¿Es que siempre vais a estar así? —dijo Wilcox.

—El hermanito de Griley me hace graci —gorgoteó Jensen—. ¡Vamos, hombre, ríe!

Y le animó con un manotazo en la espalda que por poco dobla al otro, a pesar de que Griley era un tipo que parecía haberse pasado la vida cortando leños en Montana.

—¡Nada, es un pasmado! —decidió Jensen—. ¡Da asco tratar con tipos así, que no saben manejar un cortaplumas aunque hayan tenido quien les enseñara!

Los cuatro hombres llegaron en ese momento a las oficinas del registrador de minas de Carson City.

Wilcox se detuvo ante la mesa del funcionario y le exhibió unos documentos. Aquellos documentos consistían en un plano, una certificación y una carta todavía manchada de sangre.

—¿Qué significa esto, Wilcox? —preguntó el registrador—. ¿Acaso ha encontrado una mina llena de cadáveres?

—No he descubierto nada. Pretendo únicamente que inscriba a nuestro nombre esta mina que me ha correspondido en herencia.

—¿A qué se refiere?

Wilcox extendió los documentos sobre la mesa.

—He aquí los planos que determinan el lugar donde la mina se encuentra. Está apenas a doce millas de Carson City. La certificación es del juez de Denver, y en ella se acredita que un hombre llamado Fred Colsey la poseía a su nombre y me la cedió a mí al saber que iba a morir a causa de una grave enfermedad que ya padecía. Fred Colsey y yo habíamos cabalgado juntos en la Caballería del Norte y éramos amigos. Por fin, en esta carta que me hizo enviar por el más fiel de sus sirvientes, me da cuenta de su próxima muerte y repite que la mina pasa a ser de mi propiedad. ¿Tiene bastante con esto?

El registrador lo examinó todo rápidamente.

—¿Pretende inscribirla a nombre de los cuatro?

—Son mis amigos, ¿no?

—Es usted muy generoso. Pero me temo que habrá un grave inconveniente. Déjeme mirar.

Revolvió en sus libros durante irnos minutos y al fin dijo:

—Hay serios inconvenientes, señor Wilcox.

—¿Sí? ¿Cuáles?

—Esta mina ya pertenece a otra persona.

—Pero ¿qué dice? Está registrada a nombre de mi amigo Fred Colsey. Usted mismo puede verlo.

—Esta mina llevaba unos diez años abandonada —dijo el registrador—. Al no encontrarse oro se paralizaron los trabajos y quedaron simplemente unos cuantos agujeros en la ladera de una montaña. Pero luego otras personas han continuado buscando oro allí.

—Sin ninguna clase de derecho.

—Se equivoca, amigo. A fin de garantizar el orden en la zona minera y ofrecer seguridades a los que trabajan en ella, una reciente ley permite a los buscadores de oro adquirir los terrenos donde se encuentran las minas en que estén trabajando, siempre y cuando pertenezcan a una persona que las tenga abandonadas.

—¡Vaya! Tiene gracia. Una vez que heredo algo…

—Esa ley ha comenzado a aplicarse ya en todo el territorio de Nevada. Los terrenos donde se encuentra la mina que usted pretende han sido valorados en quinientos dólares, que deberá pagar necesariamente la persona que ahora está trabajando en ella.

—¡Ah! Pero ¿no los ha pagado aún?

—No. Ha consignado cien y ha prometido que traerá el resto hoy antes del mediodía. Si no los trae perderá todos sus derechos.

—¿Y cree que vendrá con el dinero?

—En la mina se ha descubierto oro, de modo que el negocio vale la pena. Ahora bien, la persona que pretende adquirirla es endiabladamente pobre.

—¿Cómo se las compondrá, entonces?

—Ha solicitado un crédito en la Banca de Fullinger.

—¿La Banca de Fullinger? Jamás la había oído nombrar.

—Es de reciente creación. Ha sido fundada exclusivamente para conceder créditos a los buscadores de oro que pretendan adquirir terrenos abandonados por sus dueños.

Wilcox se mordió los labios.

—¿Pues sabe usted que la Banca de Fullinger nos está haciendo una faenita?

—Lo comprendo. Al mediodía de hoy esa mina, con todo el oro que pueda encerrar, ya no podrá ser reclamada por usted, señor Wilcox. Pero si consigue que el crédito no sea concedido, el demandante perderá todos sus derechos y usted podrá registrarla a su nombre y el de sus amigos.

El joven consultó su reloj.

—Son las diez de la mañana…

—Tenemos tiempo, caray —gruñó Jensen—. Nunca he tenido una mina de oro. ¡Y mataré a golpes a media ciudad antes de dejármela arrebatar ahora!

—¿Dónde está la Banca de Fullinger? —preguntó Wilcox.

—Ocupa todo el primer piso en el edificio propiedad de la Junta de Vecinos. No sé si habrán puesto ya el cartel anunciador, pero iban a ponerlo.

—Vamos allá —decidió Wilcox.

Los cuatro hombres salieron de la oficina y se dirigieron hacia el local que en el centro de Carson City tenía la Junta de Vecinos.

Ese edificio constaba de dos plantas, y en la superior estaba siendo colocado en aquellos momentos un cartel que anunciaba en grandes letras: BANCA FULLINGER. PRESTAMOS SOBRE MINAS.

—Si hay oro en este terreno —dijo Ramírez— ganaremos una verdadera fortuna. De ningún modo hemos de consentir que esto nos salga mal.

—Todos nosotros —dijo Wilcox en voz baja— hemos estado recorriendo el Oeste de punta a punta para buscar nuestra oportunidad. Creo que ahora la tenemos, y hay que hacer lo posible para no desaprovecharla. Conseguiré que no otorguen ese crédito aunque tenga que incendiar todo el edificio. Vamos.

Entraron en la casa y subieron al piso superior, donde estaba instalada la Banca Fullinger. Los pasos de los pistoleros resonaron quedamente sobre el suelo de madera recién encerado. Wilcox dijo a un ordenanza:

—Queremos hablar con el Director.

—No sé si podrá recibirles. Está atendiendo a una visita en estos momentos.

—Dígale que nos reciba o abriremos la puerta a tiros.

El ordenanza, con ademanes temblorosos, empujó una puerta de cristales y penetró en el despacho, donde estuvo unos instantes. Al salir tenía las facciones más blancas que las de un muerto.

—El director dice que aguarden a que pueda atenderles.

—¿Sí, eh? Cuando pueda atendemos ya será demasiado tarde. Ahora verá.

Wilcox se dirigió a la puerta de cristales, apoyó un pie en su base de madera y empujó sin contemplaciones. La puerta se abrió con tal estrépito que todos los cristales saltaron hechos astillas.

Se encontró entonces en un despacho confortablemente amueblado, donde se hallaba en aquellos momentos un anciano vestido con ropas de minero y una mujer.

Para Wilcox, como si el anciano no existiera.

Pero la mujer sí.

¡Diablos!

Era una mujer bien vestida, bien construida, bien peinada bien perfumada, bien de todo. No tendría más allá de veinticuatro años. Un traje de terciopelo rojo se ajustaba a las armoniosas líneas de su cuerpo. Y de su cuello pendía un collar que debía valer una fortuna.

Wilcox se fijó en todo eso y se fijó también en sus pupilas, que llameaban.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó la mujer poniéndose en pie—. ¿Qué pretenden con este asalto a mano armada? ¿Asustarme? Pues van bien equivocados. ¡Fuera de aquí!

Wilcox dijo con voz firme:

—Necesitamos ser atendidos en seguida. Además no sé qué diablos pinta usted en todo esto. Nosotros queremos hablar con el director.

—Yo soy el director.

—¿Usted se llama Fullinger?

—Ése es mi nombre. Y soy la única propietaria de este Banco.

—¡Cuerno!

—¿Qué quiere decir «cuerno»?

—¡Oh, nada! No creíamos que fuera preciso tratar con una mujer. Pero ya que las cosas están así, peor para usted. Venimos a pedirle que anule todos los créditos para esta mañana.

—¿Créditos? No voy a conceder hoy más que uno, precisamente

a favor del caballero que tienen ustedes delante.

Wilcox miró entonces al anciano, al que no había dedicado ninguna atención. ¿De modo que aquél era el tipo que pretendía adquirir para sí la mina legada por su amigo Fred Colsey? ¿Él que se iba a llevar todo el oro que ésta encerraba en sus entrañas?

Para los que habían hecho la infernal ruta de las Rocosas y habían llegado a Nevada en busca de oro, el hallazgo de una mina que lo contuviera significaba el acontecimiento más decisivo de toda su existencia. Un acontecimiento en nombre del cual se vivía y se mataba sin piedad.

Si una mina de oro desataría hoy las más encontradas pasiones, resulta fácil imaginar lo que ocurría en aquel entonces en una de las regiones más salvajes del globo, donde apenas era conocida la palabra «Ley».

Wilcox se daba cuenta de que acababa de encontrar la oportunidad de su vida, y lo mismo pensaban sus tres compañeros. Todos veían bien claramente que entre ellos y la fortuna sólo se interponían una mujer y un viejo.

Wilcox preguntó a éste:

—¿Pretende usted comprar los terrenos mineros que pertenecieron a Fred Colsey?

—Exacto, señor… si usted no tiene inconveniente.

—Lo tengo.

—¿Puedo saber por qué?

—Porque esos terrenos acaban de serme legados en el último testamento de mi amigo Fred Colsey y pretendo que sean inscritos a mi nombre y al de mis compañeros.

—Me temo que tendrá que conformarse con heredar quinientos dólares —dijo el anciano con firmeza—. Los depositaré a su disposición antes del mediodía en el registro de minas.

—Tan seguro está de lograrlo.

—No es usted el primero que trata de coaccionarme —dijo el anciano—; también he recibido ofertas tentadoras, y aun amenazas de muerte, antes de entrar aquí. Pero no he hecho ningún caso, señor Wilcox. Y usted no logrará intimidarme.

—Naturalmente no pretendo matarle —dijo Wilcox—. Pero ¿y si le encierro hasta después del mediodía?

La mujer silabeó, desafiándoles a todos con la mirada:

—En tal caso seré yo quien deposite los quinientos dólares. ¿O es que pretenden secuestrarme a mí también?

—¿Qué ocurrirá si lo hacemos?

—Ocurrirá que gracias a la fuerza bruta conseguirán ustedes sus propósitos por el momento, pero apenas me vea en libertad me dirigiré al Gobernador del Estado solicitando un plazo de gracia para que este caballero pueda hacer uso de los derechos que le concede la ley. O dicho en otras palabras: para que pueda depositar más tarde los quinientos dólares y convertirse en el dueño de la mina.

—¿De veras haría usted eso?

—Lo he hecho en alguna otra ocasión para asuntos de menos importancia. Y siempre me ha salido bien.

—¿Sabe que este hombre no hubiera conseguido crédito fácilmente de no existir su bendito Banco? Creo que está usted de más en Carson City y que deberíamos empezar por quemarle el edificio. Y aún no he dicho que no vaya a hacerlo.

—Los que trabajan en las minas tienen derecho a beneficiarse de ellas —sentenció la mujer con voz clara y firme—. De otro modo no habría nunca paz en esta tierra. Por eso fundé el Banco y por eso estoy decidida a conceder créditos a todas las personas que se encuentren en las mismas condiciones que este hombre.

Wilcox hizo[1] entonces algo que no había hecho nunca: Desenfundar el revólver ante un anciano y una mujer. No pensaba disparar, desde luego, pero tampoco estaba dispuesto a tolerar que la fortuna que había venido buscando durante tanto tiempo se le esfumase ahora de entre las manos.

—¿Qué pretende? —susurró ella sin un asomo de miedo en la voz.

—Considérese detenida en este despacho hasta primera hora de la tarde. No le haré ningún daño si usted no me obliga a ello. Una vez haya pasado el mediodía, les dejaré en libertad.

—¿Sabe que esto es un delito penado con varios años de cárcel? ¿Y que podría considerarse como el rapto de una mujer joven, en cuyo caso irían ustedes a la horca?

—Lo sé.

—Cuando le cuelguen prometo estar en primera fila —silbó ella al fin por entre sus dientes apretados.

—Tendré un gran placer en verla durante la función. Procuraré que me aplauda. ¿Cuál es su nombre?

—Sirena Fullinger.

—Sirena… Me gusta. Si va a encontrarse mejor así, le traeré una pecera. Vuelva a sentarse y trate de pensar en sus planes para el futuro. Repito que hasta después del mediodía nadie va a salir de aquí.

—Y yo repito que solicitaré un nuevo plazo al gobernador del Estado. Todo esto no le va a servir de nada, Wilcox.

—¡Vaya, me conoce!

—Todo el mundo conoce en Carson City al jefe de la mayor cuadrilla de pistoleros e indeseables que jamás ha puesto los pies en ella.

—Oiga usted —comenzó a protestar Jensen.

—¡Cállese!

Jensen se calló.

—Tengan paciencia; será mejor para todos —recomendó Wilcox.

El anciano trató entonces de correr hacia la puerta, pero Wilcox lo detuvo bruscamente y le obligó a sentarse de nuevo ante la mesa. Sirena perdió el control de sus nervios e intentó abofetear al pistolero. Éste le sujetó las manos sin esfuerzo, le echó la cabeza ligeramente hacia atrás y la besó en la boca.

Sirena quedó blanca. Sus labios temblaban de indignación.

—¡Canalla! —Silabeó.

—¡Siéntese!

Ella, dominada, obedeció.

Y cinco hombres y una mujer permanecieron encerrados en aquel despacho hasta después del mediodía.

Poco podía imaginar Wilcox que con ello acababa de meterse en el asunto más feo y siniestro de toda su existencia.

CAPÍTULO VI

EL AHORCADO

Wilcox tenía ahora dos motivos fundamentales para quedarse en Carson City. Por un lado estaba seguro de que Mike Galea aparecería nuevamente en la ciudad, aunque fuese acompañado de un ejército de pistoleros, y por otro estaba decidido a explotar la mina que le había dejado su amigo. La fortuna, en contra de lo que se piensa, aparecía pocas veces en el Oeste, y había que aprovecharla.

Al día siguiente se encontraba limpiando sus revólveres a la puerta del Hotel mientras Jensen tenía sobre sus rodillas a la pequeña que le habían dejado en herencia, haciéndole beber una monumental botella de leche mezclada con Brandy.

En ese momento llegó Griley.

—¡Vaya! Ya viene aquí el valiente —gruñó Jen sen—. ¿Qué? ¿Te atreves a afeitarte con una navajita?

—Déjale en paz de una vez, Jensen —dijo Wilcox—. ¿Qué hay, Griley?

—Aquella mujer, Sirena Fullinger, cumplió al parecer su amenaza y fue a entrevistarse con el Gobernador. Éste ha concedido un plazo de gracia al minero Payton, el tipo que estaba en el despacho, y ya están depositados a tu disposición los quinientos dólares. Te has quedado sin la mina, amigo.

—¿Cómo lo has sabido?

—Acabo de llegar ahora de la oficina del registrador.

Wilcox se pasó una mano por la barba de dos días que le ennegrecía la cara juvenil.

—¡Diablo! Una verdadera fortuna se nos ha ido al agua, porque en esa mina había oro de verdad. ¿Y qué hacemos ahora?

—No sé si ese viejo tendrá parientes, pero si muere sin hacer testamento tendrás derecho a recuperar la mina —dijo Griley.

—Me parece que de todos modos he perdido esta jugada. El viejo no tenía pinta de ir a morirse. ¡Ea, no nos acordemos más de este asunto! Cuando vuelva a ver a Sirena Fullinger le ajustaré las cuentas, pero ahora… ¡qué le vamos a hacer! Os invito a unos cuantos tragos en el saloon, muchachos. Creo que a los cuatro nos conviene alegrar el espíritu.

—¿Traigo a la niña? —preguntó el gigantón de Jensen—. Le conviene reforzarse con unos cuantos combinados.

—Tráela si quieres.

Era la hora del anochecer cuando los cuatro amigos y la pequeña entraron en un saloon que llevaba el pomposo nombre de Los elegantes caballeros.

Allí entraban tipos desastrados armados de revólveres y monumentales cuchillos, se cruzaban insultos y disparos y los borrachos y los muertos eran lanzados a través de los batientes para que descansasen en plena calle.

A las doce de la noche los cuatro amigos habían bebido un barril de licor, habían invitado a todo el mundo y estaban animando con palmas y gritos a un tipo borracho que bailaba una alegre danza vaquera.

La niña se había sentado a una mesa donde cuatro tipos jugaban al póker y se entretenía tirándoles los naipes a la cara cada vez que terminaban una partida.

Por fin salieron y regresaron al hotel, Jensen, con toda su impresionante corpulencia, se quedó a vigilar el sueño de la niña. Ramírez quedó dormido en el suelo de su habitación y Griley se quedó a leer los últimos periódicos en el vestíbulo.

Wilcox salió a dar una vuelta por la población a fin de despejar su cabeza, que estaba completamente nublada después de las copas bebidas.

Estuvo paseando cerca de media hora, y durante ese tiempo no vio a ninguna persona conocida.

Para regresar al hotel tenía que atravesar el mismo callejón obscuro donde noches antes asesinaran al viejo sirviente de su

amigo.

Había allí unos porches sumidos en tinieblas y a donde apenas llegaba algún rayo de luz proyectado por el farol de petróleo que había colgado a la puerta del hotel.

Wilcox avanzó por uno de esos porches, silbando y sin acordarse para nada de la mina.

Hasta que de repente su cabeza y su pecho chocaron con algo.

Algo que era blando y que se balanceaba suavemente, igual que un frágil péndulo movido por el viento.

Un hombre ahorcado.

* * *

Wilcox cerró los ojos y luego volvió a abrirlos tratando de que se acostumbraran mejor a la obscuridad.

Después intentó examinar al ahorcado a la lejana luz que llegaba desde la puerta del hotel.

Lanzó un respingo al reconocerlo. ¡Era Payton, el viejo que había logrado hacerse con su mina! ¡Payton, el tipo a quien tuvo encerrado una mañana entera en el despacho de Sirena Fullinger!

No había aún en él, el menor síntoma de rigidez cadavérica. Debía llevar poco tiempo muerto.

Estaba examinándolo cuando de repente oyó pasos que se acercaban por el callejón.

Eran los pasos de tres o cuatro hombres avanzando juntos.

Wilcox comprendió. ¡El *sheriff*! ¡El *sheriff* y sus agentes que hacían la acostumbrada ronda nocturna por la ciudad!

Wilcox ya no tenía tiempo para escapar, y además eso no iba con sus costumbres. Prefería afrontar siempre las situaciones cara a cara. Pero ¿cómo? ¿Liquidando a tiros de revólver al *sheriff* y sus comisarios?

Porque era completamente seguro que ellos no creerían sus explicaciones.

No había podido tomar aún una resolución cuando la luz de un farol dobló el recodo del callejón y las siluetas de cuatro hombres se recortaron a unas yardas de donde estaban Wilcox y el ahorcado.

El *sheriff* vio al muerto inmediatamente.

—¡Quieto, Wilcox!

—No pensaba moverme, *sheriff*.

—Levante un poco las manos, suelte la artillería y luego cruce los brazos por encima de la cabeza.

—Un cuerno, *sheriff*.

—¿Quiere que lo liquide de un balazo?

—Yo no tengo nada que ver con este muerto, pero si quiere demostrar lo contrario, estoy a su disposición… para pelear.

—¿Intenta resistirse a cuatro hombres armados? ¿Es lo bastante loco para hacer frente a la autoridad?

—No emplearé las armas porque ustedes representan la ley y yo, aunque parezca mentira, la defiendo también. Pero les mantendré a raya con los puños. Si quieren venir a buscarme, háganlo.

El *sheriff* sonrió. Wilcox era un gigante, pero ellos eran cuatro y él solamente uno.

—Vamos, muchachos.

Dejaron el farol en el suelo para ver dónde pegaban, y se lanzaron al asalto los cuatro a la vez.

Wilcox pegó sus espaldas a la pared. Los hombres avanzaron, dos frente a él y dos por los flancos. Uno de ellos sacó su cuchillo y cortó la soga de la que pendía el ahorcado, haciéndolo caer a tierra para que no estorbase.

Luego empezó la carga.

Wilcox movió, en un mismo e instantáneo gesto, la pierna izquierda y los dos brazos. Uno de los hombres que tenía enfrente salió despedido hacia atrás y los dos de los flancos fueron rechazados.

Frente a él quedó solo el *sheriff*, quien movió sus puños. Wilcox detuvo los golpes con un hábil juego de brazos y lanzó el puño derecho en corto al estómago del *sheriff*. Éste se inclinó y recibió dos terribles impactos en el mentón que lo enviaron hacia atrás. En ese momento sus tres ayudantes se lanzaban de nuevo a la carga.

Dando un salto de costado, Wilcox escapó del cerco que se tendía sobre él.

Uno de los hombres chocó con el cuerpo del ahorcado y cayó a tierra. Los otros dos saltaron sobre el joven.

Éste, más rápido, tenía por el momento todas las ventajas. Cazó en la mandíbula a uno, dio un salto hacia atrás, conectó la izquierda en plena cara del otro y luego lo derribó con un escalofriante gancho de derecha.

—Vamos, *sheriff*, ¿no se anima?

El *sheriff*, que ya se había repuesto en parte, se lanzó de nuevo a la carga en compañía de dos ayudantes.

Aquélla era una pelea brutal y dura pero noble, porque ninguno de los contendientes empleaba sus armas.

Ahora el ataque se hizo con más habilidad. Wilcox logró rechazar al de la estrella, pero fue blocado por sus dos agentes. Vaciló y estuvo a punto de caer. Fue ése el momento en que empezó la paliza.

Un puño se clavó en su hígado mientras otro le golpeaba brutalmente la sien izquierda. Wilcox dio un traspiés y encontró en su camino los dos puños del *sheriff*, que movía acompasadamente sus brazos lanzando ganchos al rostro de su enemigo. Otro golpe al hígado y el joven cayó, sintiendo que le faltaba la respiración.

Frente a él, con las piernas entreabiertas y el rostro cubierto de sangre, el *sheriff* masculló:

—¿Tienes bastante, Wilcox?

—¿Yo? Si ahora estamos empezando…

Y se levantó ágilmente para lanzarse al ataque otra vez. Pero sabía demasiado que estaba perdido.

Esquivó el ataque de uno de los agentes y como un bólido se arrojó de cabeza contra el estómago del *sheriff*, cazándole de lleno y rodando los dos por tierra. El de la estrella sintió tanto dolor que estuvo a punto de perder el sentido. Wilcox trató de incorporarse de nuevo, pero ahora ya no lo consiguió.

Tres hombres se arrojaron sobre él con saña de lobos.

Uno le propinó un salvaje puntapié al mentón, el otro le golpeó en la nuca con los dos puños enlazados y el tercero lo levantó, cuando ya estaba casi exhausto, sujetándolo por la camisa.

Wilcox fue lanzado contra la pared, sobre la cual resbaló para ir cayendo poco a poco a tierra.

Se daba cuenta de que iba a ser vencido y castigado sin piedad, e hizo un esfuerzo sobrehumano para reponerse. Cuando uno de los agentes se lanzó sobre él, lo despidió con un puntapié que le hizo volar contra la barra del porche. Ésta se rompió estrepitosamente y el hombre cayó a la calle, perdiendo el sentido.

El segundo agente voló también, cazado por un gancho alucinante de Wilcox.

Pero al tercero ya no pudo resistirlo.

Éste le golpeó en corto al estómago, lanzando una serie científica e implacable. Wilcox tuvo que morderse los labios para no gritar de dolor. Descuidó la guardia, o mejor dicho, la bajó para cubrir su estómago, y entonces su enemigo le lanzó una terrible serie al rostro, con golpes de todas las marcas y categorías.

Cubiertas las facciones de sangre, nublados los ojos, Wilcox tuvo aún arrestos para lanzar un último cruzado y enviar a su adversario a la calle como un guiñapo sin fuerzas.

El *sheriff*, entonces, le golpeó tras las orejas y Wilcox empezó a perder el mundo de vista. Notó que caía. Un rodillazo del *sheriff* al mentón le hizo saltar hacia atrás. Quedó tendido sobre las tablas del porche, y entonces una salvaje serie de puntapiés le hizo perder el sentido, después de obligarle a estremecerse de dolor.

Cuando lo recobró estaba en una celda, con un garfio metálico que le sujetaba a los barrotes la muñeca derecha.

Debían haberle curado porque ya no tenía sangre en el rostro, pero se notaba tan reventado como si llevase una semana entera andando por el desierto.

El *sheriff* estaba al otro lado de los barrotes, con la cabeza vendada y los labios partidos.

—¿Ha habido jaleo, eh? —le preguntó Wilcox, con una débil sonrisa.

—Mucho más va a haberlo ahora.

—¿Es que van a acusarme en serio de la muerte de ese hombre?

—He estado haciendo averiguaciones —sopló el *sheriff* por entre los barrotes—, y por si fuera poco haberte descubierto junto al cadáver, resulta que ahora tú volverás a ser dueño de una mina de oro que intentaste registrar, puesto que el viejo no hizo testamento. Su muerte te interesaba.

—Nunca he asesinado a nadie —gruñó Wilcox—. He tenido desafíos muchas veces, eso sí, pero colgar a un viejo indefenso… No, amigo, Wilcox todavía no ha llegado a tanto.

—Aunque yo te crea —dijo el *sheriff*—, no ganarás nada. Hay mucha gente que no dará crédito a tus palabras.

—¿Quiénes?

—Ésos.

El *sheriff* señalaba hacia una de las puertas que daban al

exterior. Ahora se dio cuenta Wilcox, cuando la niebla de su cerebro empezaba a despejarse, de que fuera se oía un insistente griterío, como si una verdadera multitud estuviese lanzando denuestos y amenazas ante la puerta de la cárcel. En aquel momento, alguien lanzó una piedra desde el exterior y ésta penetró en el departamento de las celdas después de romper la ventana.

El impacto pareció la señal para una verdadera pedrea contra el edificio. Docenas y docenas de proyectiles improvisados chocaron contra las celdas, después de pulverizar las ventanas. Hasta el mismo *sheriff*, que era el único que estaba en el interior, tuvo que ponerse a cubierto para no resultar alcanzado.

—¿Qué sucede? —preguntó Wilcox.

—Payton, el hombre a quien asesinaste, era muy querido en la población. Y hay ahí, por lo menos, treinta mineros, antiguos compañeros suyos, que quieren lincharte.

—Preciosa perspectiva, *sheriff*. ¿Y qué piensa usted hacer? Supongo que no lo permitirá, para vengarse de los golpes.

—Mi cargo me impide ser vengativo, y, además, ¡qué diablos!, ha sido una hermosa pelea. Jamás había escuchado tanto ruido de huesos rotos como esta noche. Y como estoy dispuesto a proteger tu vida hasta que el jurado te envíe a la horca, he puesto a todos mis agentes en la puerta con orden de disparar contra quien intente forzarla.

—Dudo que consigan nada, *sheriff*. La mitad de la población está ahí fuera gritando.

—Han empezado unos treinta mineros, pero ya se sabe lo que ocurre. Ahora casi todos los pistoleros de la ciudad están ansiando ver colgado al hombre que podría exterminarlos un día.

—Lo comprendo. ¿Y mis amigos?

—No han aparecido por aquí.

Wilcox reflexionó velozmente. ¿Por qué no habían intervenido ni Ramírez, ni Jensen, ni Griley? Muerto el viejo Payton, cualquiera de ellos podía aspirar a ser dueño de la mina si él, Wilcox, moría también. El registrador conocía su voluntad de registrarla a nombre de los cuatro. ¿No era posible que ellos tuvieran también interés en su muerte?

No, no podía creerlo.

Pero mientras tanto, el huracán arreciaba y los gritos y

maldiciones iban en aumento. Wilcox imaginó a los hombres del *sheriff* apuntando con sus rifles a la multitud. No podrían resistir mucho tiempo.

—¿Qué sabe de Mike Galea? —preguntó tranquilamente al de la estrella, mirándole a los ojos.

—Parece mentira que aún tengas humor para pensar en tus enemigos, Wilcox, con lo feas que se te están poniendo las cosas. Supongo que Mike Galea vendrá a tu entierro… si es que queda algo de ti.

—¿Está fuera de la ciudad? ¿Es cierto eso?

—Salió disfrazado cuando supo que le buscabas. Pero volverá.

—Estoy seguro. Y espero que me encuentre vivo para ajustarle las cuentas, *sheriff*. He guardado para él una de mis balas, después de tenerla una noche enterrada en una pocilga.

—Muy seguro estás de salir vivo de ésta, Wilcox. Yo, en tu lugar, no me fiaría. Oye.

En efecto, los gritos de: «Ley de Lynch, Ley de Lynch» arreciaban y parecía como si fuesen a hundir la cárcel.

El *sheriff* desprendió la esposa que sujetaba a Wilcox a los barrotes de la celda.

—Cuando abran, defiéndete, muchacho.

—Va a ver una bonita función, *sheriff*. Reserve con tiempo su localidad. Suerte.

El representante de la ley montó sus revólveres y salió a la puerta. En ese momento, se oyeron los roncos estampidos de dos rifles, los gritos se hicieron ensordecedores y el asalto a la cárcel empezó.

Más de cuarenta hombres se lanzaron de golpe contra la puerta.

Los agentes del *sheriff* fueron arrollados.

CAPÍTULO VII

LOS IMPLACABLES

La ley de Lynch era aplicada con mucha frecuencia en las poblaciones del Oeste, y fueron numerosos los inocentes que perdieron la vida por su causa.

La perdieron, además, en horrorosas condiciones.

Casi ninguno de los presos que eran sacados a viva fuerza de su celda para ser conducidos al árbol de donde habían de colgar, llegaba junto a la soga dándose cuenta de lo que sucedía.

La mayor parte de ellos ya estaban muertos o exánimes antes de llegar allí. Algunos, despedazados.

Y ésta era la suerte que aguardaba a Wilcox cuando una verdadera multitud arrolló a los guardianes y penetró en la cárcel con la fuerza de una marea que avanzaba.

Wilcox vio que había varios mineros en el grupo, pero también algunos tipos bien vestidos —sin duda, truhanes y pistoleros que querían verle muerto— y… ¡y una mujer!

Una mujer rubia, alta, sencillamente vestida, de poderosas líneas y facciones intrépidas.

Wilcox no recordaba haberla visto nunca.

Esa mujer llevaba un revólver en la mano derecha. Disparó una sola vez e hizo saltar la cerradura de la celda.

Cualquier otro prisionero, al ver todo aquello y saber lo que le aguardaba, hubiese lanzado un grito de horror.

Wilcox, por el contrario, tendió a la mujer su bolsa de tabaco.

—¿Fuma?

Ella le escupió a la cara, mientras gritaba:

—¡Asesino!

Wilcox miró hacia atrás.

—¡Ah! Pero ¿me lo dice a mí?

—¡Es una bestia sin sentimientos y sin alma! —gritó la mujer—. ¡Él asesinó a mi padre! ¡Linchadle!

Docenas de manos cayeron sobre Wilcox, quien comprendió que ya no podría defenderse. Pero siempre había pensado que algún día hay que morir, y que lo mismo da hacerlo de una manera que de otra. Se dejó llevar.

Gracias a no ofrecer resistencia, evitó ser despedazado antes de salir de la cárcel. Una vez en el exterior vio que le aguardaba una gran multitud, la cual había formado como dos murallas humanas, dejando libre un espacio que llevaba en línea recta hacia un árbol monumental de una de cuyas ramas ya habían colgado una soga.

—Vais de prisa —dijo Wilcox a la mujer, quien seguía a su lado, apuntándole con el revólver.

—Tan de prisa como tú ahorcaste a mi padre.

Mientras, el cerebro de Wilcox trabajaba a una endiablada rapidez. ¿Dónde estaban Ramírez, Jensen y Griley?

—No fui yo —dijo sin perder la sonrisa—. Siento desengañarte, preciosa, bombón, guapa.

—Pero ¿aún tiene fuerzas para…?

Aquella mujer nunca había visto a un tipo como Wilcox.

Llegaron ante el árbol. Ni el *sheriff* ni sus hombres hacían acto de presencia, seguramente porque estaban sin sentido y molidos a golpes en la cárcel. La soga fue puesta alrededor del cuello de Wilcox, mientras dos hombres le sujetaban las manos a la espalda.

Un tipo bien vestido, alto, moreno, con bigotillo, recortado, se acercó a Wilcox y le escupió a la cara:

—¡Cobarde asesino!

Wilcox le propinó tal puntapié al estómago, que lo hizo rodar por el suelo aullando de dolor. El del bigotillo fue a sacar su revólver. La mujer le detuvo.

—Va a ser ahorcado. Déjelo.

—Quiero saber el nombre de este tipo —dijo Wilcox.

—Quiero saberlo para cuando nos volvamos a encontrar, aunque sea en el infierno.

—Me llamo Miskoll —dijo el del bigotillo—. Henry Miskoll. Y

reclamo el honor de tirar yo mismo de esa cuerda.

Antes de que pudieran impedírselo, saltó hacia el extremo libre de la soga y se dispuso a tirar de él.

Pero en ese momento sucedió algo parecido a un terremoto.

El árbol del que iba a ser colgado Wilcox era muy alto, muy frondoso. No se podía ver lo que había en las ramas altas del mismo, ya que, además, era de noche. Y de esas ramas altas saltaron… ¡tres hombres!

Tres tipos con las facciones torcidas a causa de la rabia, con los puños apretados,' con un terrible deseo de matar clavado en el fondo de los ojos.

Ramírez, Jensen y Griley.

Los dos primeros llevaban «Colt». El tercero un cuchillo enorme como los que habían dado fama a su hermano gemelo.

Alguien gritó:

—¡Cuidado!

La primera reacción de la muchedumbre fue de asombro y miedo, produciéndose un instintivo movimiento de retroceso. El tipo del bigotillo, que iba a tirar de la cuerda, se escabulló de un salto. Otro fue a sustituirle y Jensen le saltó la tapa de los sesos de un balazo en la cabeza.

Ramírez se plantó con las piernas entreabiertas y gritó:

—¡Vamos! ¿No hay por aquí ningún patronsito valiente que se atreva a tirar de la cuerdesita no más? ¡Con lo poco que cuesta! ¡Vamos, ñatos, anímense!

Se animaron tres tipos bien vestidos y con aspecto de pistoleros de saloon. Ramírez y Jensen dispararon a la vez, tirando a matar. Ninguno de los tres tipos llegó a dar más de un paso.

Quedaron materialmente cosidos de plomo.

Wilcox, entretanto, se había librado de la soga y se adelantaba para recoger el «Colt» de uno de los muertos. La mujer rubia, la hija de Payton gritó:

—¿Es que no os atrevéis con cuatro pistoleros? ¡Cobardes!

Y ella misma se arrojó sobre Jensen, intentando desarmarle. Jensen la detuvo con su corpachón, abrió los brazos, la encerró entre ellos y la besó con toda ceremonia en la frente. La joven se puso a gimotear, golpeándole con los dos puños al pecho.

Pero Jensen, entretanto, hacía fuego y eliminaba a dos hombres

más.

Ramírez barrió materialmente la calle con el plomo de sus revólveres. Varios cuerpos humanos quedaron retorciéndose ante él. Un hombre de aspecto patibulario se arrojó sobre Griley y éste le abrió de una seca cuchillada que por suerte para Jensen, éste no llegó a ver.

La situación había cambiado radicalmente en unos pocos minutos. Todos los partidarios de la Ley de Lynch se daban ahora a la fuga.

Pero otra vez la situación volvió a cambiar.

Varios jinetes se aproximaron a galope contra el pequeño grupo, haciendo fuego. O los cuatro amigos se movían con velocidad de ardillas o acabarían cosidos con plomo en menos de medio minuto.

Desde una de las ventanas de la calle alguien disparó contra los jinetes, haciendo caer a uno de ellos. El pequeño respiro fue aprovechado por los cuatro pistoleros para correr en todas direcciones, buscando cobijo contra las balas.

Wilcox recogió al pasar el «Winchester» de uno de los muertos, saltó tras una ventana e hizo fuego contra los asaltantes.

Uno de éstos recibió el plomo en la cabeza y cayó. Los otros fueron derribados por fuego graneado de revólver. Sólo uno de ellos logró quedar con vida, huyendo al galope.

Wilcox sopló en el cañón del rifle, pasó otra vez por encima del alféizar y salió a la calle.

Sus tres amigos se acercaron a él.

—¡Vaya! Me habéis salvado de una buena.

—Cuando vimos que colocaban la soga en ese árbol nos subimos a él por la parte posterior del tronco —explicó Griley—. Era la mejor manera de ayudarte. No te íbamos a dejar en esa situación.

—Pero la verdad es que no lo acabo de entender —dijo Wilcox —. La noticia de ese crimen se ha corrido con demasiada rapidez. Alguien ha tenido interés en divulgarla.

—Eso creo yo también —dijo Griley—. Y hasta te podría señalar a los responsables.

—¿Quiénes son?

—Existe una poderosa compañía minera de reciente formación, que compra a los mineros los terrenos que éstos han adquirido mediante los préstamos. Las compras, desde luego, se hacen por las

buenas o por las malas. Si el minero no quiere, es asesinado y en paz, después de torturarle para que firme la escritura. ¿Quién nos dice que con Payton no había ocurrido algo semejante? Posiblemente le quisieron comprar su pertenencia y…

—¿Tienes algún otro dato, aparte de esas sospechas?

—He examinado el cadáver de Payton, y no hay duda de que lo torturaron antes de colgarlo.

Wilcox lanzó una maldición en voz baja.

—Pero ¿por qué tenían tanto interés los asesinos en que yo fuese eliminado esta noche?

—Muy sencillo. Porque así ya nadie más buscaría al autor del crimen y porque eliminaban a la única persona que podía molestarles aún en la explotación de esa mina.

—¿Piensas, entonces, que podemos enfrentarnos con unos enemigos bien organizados?

—Estoy seguro de ello. La gente de Carson City es salvaje, pero no tanto como para lo que ha sucedido esta noche. Alguien ha provocado a los mineros y luego a unos cuantos pistoleros de los saloons para que te lincharan lo antes posible. Y todo eso no se consigue con la rapidez que tú has visto si no se cuenta con una organización y con hombres capaces.

—Tendré que pensar sobre todo ello —dijo Wilcox.

Se dirigió hacia la cárcel y entró en ella. El *sheriff* y su ayudante aún estaban en el suelo, materialmente molidos a golpes, sin haber recobrado el conocimiento. Wilcox los hizo despabilarse arrojándoles entre los labios media botella de ron.

—¿Qué ha ocurrido? —barbotó el *sheriff*. Y luego, al ver a su antiguo prisionero—: ¿Qué hace usted aquí, Wilcox?

—Lo del linchamiento ha salido mal a esos tipos, *sheriff*. Estoy sano y salvo, por ahora. He venido a tranquilizarle y a decirle que no pienso entrar en la celda otra vez.

—Pero…

—Cuando tenga que comparecer ante el jurado, ya me avisará, puesto que no pienso moverme de Carson City. Buenas noches, *sheriff*.

El otro no se atrevió a detenerle.

Acto seguido, Wilcox hizo dos cosas.

La primera consistió en subir a la habitación de un hotel que

estaba enfrente del lugar donde habían estado a punto de ejecutarle.

Desde esa ventana había partido el primer disparo de rifle que dispersó a los jinetes, cuando éstos, les atacaron, y permitió a los cuatro ponerse a cubierto en el momento crítico.

Wilcox sabía que aquella habitación de hotel estaba alquilada por una mujer: Ruth.

En efecto, la vio sentada junto a la ventana. Ruth estaba ordenando en un álbum viejas fotografías. En ellas se veía a Wilcox tres años antes, junto con la muchacha. A Wilcox domando un potro salvaje. A Wilcox mostrando un trofeo después de un concurso de tiro.

Aunque la muchacha intentó ocultar aquellas fotografías, cuando él entró de repente en la habitación, Wilcox tuvo tiempo de ver que en todas estaba representado él.

Hizo un gesto inexpresivo, como si no se hubiese fijado en aquello, y dijo:

—Gracias por haber ayudado a salvarme, Ruth.

—¿Quién te ha ayudado?

—Tú, con un disparo de rifle, en el momento más peligroso. He visto que el disparo partía de esta habitación.

—Debes haberte confundido. No tengo ningún arma larga en este cuarto.

Wilcox abrió calmosamente el armario que había junto a una de las paredes y extrajo un «Winchester», último modelo, cuyo cañón aún olía ligeramente a pólvora.

—¿Y esto? —preguntó.

—Hice mala puntería —susurró ella, mirándole a los ojos—. Disparé para matarte, Wilcox, no para salvarte la vida. Pero si he fallado esta vez, otro día lo conseguiré.

Wilcox fue hasta ella, la asió por los hombros, poniéndola en pie, y la dominó con su estatura y el vigor impresionante de sus músculos.

—De todos modos, gracias, Ruth.

—Vete al infierno.

Él la atrajo hacia sí, la besó y luego la arrojó de un empujón sobre la butaca donde había estado sentada.

—Buenas noches, Ruth.

—¡He dicho que te vayas al diablo!

—En lugar de eso, voy a ver a otra mujer.

Ruth apretó los labios y estuvo a punto de saltar sobre él, pero Wilcox ya había cerrado la puerta.

Entonces hizo la segunda de las dos cosas que tenía proyectadas: se dirigió al edificio donde estaba instalada la Banca Fullinger.

En una de las ventanas había luz, lo que indicaba que alguien seguía trabajando allí.

Por el camino encontró a Griley y a Jensen. Jensen se estaba metiendo con aquél, como siempre.

—¿Qué? ¿A cuántos has matado con tu cuchillito, Griley?

—Sólo a uno. No hubo necesidad de matar a otros.

—Debiste matarle del susto, ¿no? En cuanto viera aquel cuchillo tan grande… ¿Y por dónde lo cogiste? ¿Por la hoja?

—Mira, Jensen, déjame en paz.

—Ya te dejo, hombre, ya te dejo. Pero mira, siento no haber podido fijarme en ti. Habría que ver la cantidad de monadas que harías con tu cuchillito. Hasta habrás sido capaz de pincharte. ¡Tu hermano se debe estar riendo de ti desde la tumba, Griley!

En ese momento, llegó Wilcox junto a los dos.

—Deja de meterte con él, Jensen. Deberíais ser buenos amigos, y en lugar de eso le haces la vida imposible. Algún día se cansará y entonces no sé qué va a ocurrir.

—¿Ocurrir? ¿Qué quieres que pase? Pues que intentará pincharme con su cortaplumas, se hará pupa en un dedo y se echará a llorar. Por mí, que empiece a enfadarse cuando quiera.

—¿Adonde vas Wilcox? —preguntó Griley.

—A ver a Sirena Fullinger.

—Te acompaño.

Los dos hombres marcharon juntos. Cuando subían hacia las oficinas del Banco, Wilcox preguntó:

—¿Es que estás interesado por esa mujer, Griley?

—Desde que la he visto, me he dado cuenta de que valía la pena.

—Pero ella es dueña de un Banco. No resulta adecuada para ti, Griley.

—Es cierto. Yo no soy… yo no soy más que un aprendiz de pistolero. Más vale pensar en otra cosa, Wilcox.

Entraron sin llamar en la oficina de Sirena Fullinger. Ésta aún

seguía trabajando. Tenía los ojos cansados y las facciones un poco pálidas, pero eso no disminuía su belleza. Miró a los dos hombres retadoramente, con desprecio, y luego preguntó:

—¿Qué quieren ahora?

—Hablar con usted —dijo Wilcox.

—Lamento que tengan esa oportunidad. Me gustaría que estuviesen ya en el cementerio de Carson City.

—Poco ha faltado. Y oiga, señorita Fullinger, tengo que hacerle una proposición.

—Si no consiste en que me deje robar el Banco o permitir que me besen, háganla.

—¿Quién va a ser ahora dueño de los terrenos mineros que estaban a nombre de Payton?

—Puesto que Payton no hizo testamento antes de morir, tiene usted derecho a recuperar esos terrenos solicitándolo ante el juez. No creo que le sea muy difícil.

—¿Y si Payton los vendió a alguien antes de que le colgaran?

—En ese caso, el comprador tendrá todos los derechos. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque supongo que Payton se vio obligado a vender. Ese hombre tenía una hija, ¿no?

—Supongo que la han visto. Ella formaba parte del grupo que ha intentado ahorcarle.

—Visitaré al registrador para que la mina se inscriba a nombre de esa muchacha —declaró Wilcox—. Y otra cosa: haré que le sean entregados los quinientos dólares para que ella no tenga que devolver el préstamo.

Sirena Fullinger se puso en pie. A pesar de ser una mujer seria, una mujer de negocios, tenía una figura que hubiesen envidiado muchas cotizadas bailarinas de saloon.

—¿A qué se debe ese cambio, Wilcox? —preguntó—. ¿Acaso se ha enamorado de ella?

—Ni tan siquiera he llegado a verla bien.

—¿Entonces…?

—Me doy cuenta de que es usted una mujer honrada, señorita Fullinger, y eso no se encuentra fácilmente en Carson City. Está tratando de ayudar a los hombres que han arriesgado su vida durante años para tratar de colonizar esta tierra. Reconozco que al

principio me dejé llevar por el lógico deseo de aprovechar la fortuna que se me venía a las manos, pero ahora comprendo que el que descubrió el oro fue Payton, no yo.

—Payton ya está muerto.

—Muy bien, y supongo que murió precisamente por haber descubierto oro. Pero queda su hija, y ella tiene derecho a continuar lo que su padre empezó. Cuente con nuestra ayuda para proseguir en su tarea[1], señorita Fullinger.

Ella abrió la boca, un poco asombrada, para decir al fin:

—¿No se está burlando de mí?

—Yo no me burlo de las mujeres, señorita Fullinger. Las beso solamente. Téngalo en cuenta por si alguna vez me necesita para eso.

—¡Oh! ¡Pedazo de sinvergüen…!

Wilcox no llegó a oír el final de la frase porque ya había salido a la escalera que conducía a la calle.

Apenas llegado a ésta, vio cuatro tipos montados a caballo que esperaban junto al porche.

Los cuatro parecían aguardar su salida y tenían ya los revólveres en las manos.

—Suelten la artillería —ordenó uno de ellos.

Wilcox y Griley llevaron las manos a sus armas y entonces los cuatro jinetes hicieron fuego a la vez.

Capítulo VIII

Caidos en la Trampa

Aquellos cuatro hombres tenían miedo.

Cuando un tipo se pone a disparar, apenas ve que se mueve su enemigo, es porque no está nada seguro de vencerle. Wilcox había adivinado que eso iba a suceder por las miradas que le dirigieron los cuatro jinetes. Eran las miradas que una fiera dirige a otra que la puede vencer.

Y por eso, cuando hizo ademán de sacar sus armas, se arrojó también hacia adelante, en un fantástico salto, directamente contra las patas de los caballos de sus enemigos.

Las balas le rozaron, y una de ellas incluso se le llevó parte del tacón de una bota. Pero su objetivo —conseguir que los caballos se encabritaran— fue logrado plenamente.

Los animales levantaron los remos al distinguir aquel bulto que se les venía encima con tanta rapidez, y los jinetes tuvieron que preocuparse de dominarlos. A partir de aquel momento, ya les fue imposible vigilar su puntería.

Wilcox rodó por tierra, con los «Colt» en las manos, confiando que Griley encargaría de cubrirlo.

Griley, en efecto, tuvo una magnífica ocasión para hacer cuatro disparos y vaciar cuatro cabezas. Pero era una calamidad con el revólver y sólo acertó a uno de los jinetes.

Dos más seguían haciendo esfuerzos para dominar sus caballos. El tercero retrocedió unos pasos y apuntó a Wilcox.

En ese momento, un puñal de pesado mango se clavó en su cuello y le partió la yugular en dos pedazos.

Griley chasqueó los dedos después de aquel lanzamiento maestro.

Por su parte, Wilcox, que ya había logrado poner rodilla en tierra, apuntó a los otros dos jinetes cuando éstos se disponían a disparar a un tiempo sobre él.

Cuatro disparos rasgaron el aire.

Los dos jinetes cayeron pesadamente a tierra, cada uno con dos balas en la cabeza.

Inmediatamente, Wilcox dio una vuelta sobre sí mismo, con los revólveres a punto, buscando nuevos enemigos. Pero nadie más se acercó por el lugar donde se encontraban él y Griley.

Se aproximó a los muertos y los examinó.

—Conozco a estos tipos —dijo al cabo de unos instantes—. Siempre los he visto por las zonas mineras de Nevada y California, y eso me hace suponer que están en relación con buscadores de oro o con alguna importante compañía minera. Imagino que lo sucedido a Payton tiene mucho que ver con este ataque.

—Es posible que Payton vendiera sus terrenos a la compañía minera, y los pistoleros de ésta deseen eliminarnos porque somos un estorbo. Si es así, el ataque se repetirá varias veces, Griley.

Wilcox volvió a pasear su mirada por los muertos y se fijó entonces en el que se había desangrado a causa de un terrible corte en la yugular. El puñal del pesado mango aún estaba adjunto a él. Había sido un lanzamiento maestro.

—Pero ¿has sido tú? —dijo, mirando a Griley.

Griley se volvió de espaldas.

—Un simple golpe de suerte —dijo secamente—. Algo tenía que aprender de mi hermano, ¿no?

En aquel momento llegó Jensen.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada de particular. Parece que estos ciudadanos querían darnos la bienvenida.

—¡Vaya, vaya! ¡Y están todos muertos! ¡Qué pena! Me gustaría ver a cuántos a matado ese buenecito de Griley.

—Jensen, no vuelvas a meterte con él.

—Si no es que me meta. Es que me carcajeo. ¡Jo, jo, jo! Verse metido en un lío en compañía de Griley. ¡Bonita ayuda!

Wilcox se encogió de hombros, dando aquello por imposible, y

entonces, en la puerta del edificio, vio a Sirena Fullinger. Seguramente la muchacha había sido testigo de la sangrienta pelea.

—Esos hombres pertenecen a la compañía minera Barklay —dijo —. Son responsables de muchos asesinatos entre los buscadores de oro de la región que se niegan a venderles sus pertenencias. Eran de esos tipos que ensucian la tierra que pisan.

Wilcox guardó silencio, mientras la contemplaba. Ella añadió entonces:

—Pero eso significa también una cosa.

—¿Cuál?

—Que la Compañía minera de Barklay les ha declarado la guerra.

—O que nosotros se la hemos declarado a ellos. ¿Qué más da?

Hizo un leve saludo a sus amigos y a la mujer, y se encaminó al hotel donde vivía Ruth. Necesitaba hablar nuevamente con ella, después de lo que había sucedido. Ruth, que llevaba más tiempo en Carson City, podría explicarle quiénes eran los jefes de la Compañía minera Barklay.

Subió a la habitación sin cambiar palabra con el dueño del hotel, que estaba en el *comptoir*. Aquel hombre no se atrevió a decir nada que pudiera ofender a Wilcox porque de sobras conocía su fama de endiablado tirador. Únicamente advirtió:

—La señorita Ruth tiene visitas.

Wilcox pensó que se trataría de alguna amiga de la muchacha y subió sin hacer caso. Pero esta vez se equivocó. Más le valiera haber prestado oídos a aquellas palabras.

Abrió la puerta, sin llamar, encontrándose con la habitación a obscuras.

Fue a retroceder, cerrando inmediatamente porque presintió la trampa. Pero ya no pudo.

La habitación estaba junto a un recodo del pasillo y alguien surgió de ese recodo. De improviso, Wilcox sintió que el cañón de un revólver se clavaba en sus costillas.

—Quieto, pichón —dijo una voz.

—Te clavaré seis balas en el cuerpo apenas me vea libre —silbó Wilcox, por entre los dientes.

—¿Sí? Pues me temo que me dormiré aguardando. Vamos, deja caer los cintos a tierra.

Wilcox no tenía más remedio que obedecer. En ese momento, la puerta de la habitación volvió a abrirse y aparecieron en el umbral dos hombres armados con «Colt». Wilcox pudo verlos a la luz de una lámpara que alguien acababa de encender dentro de la pieza.

—Entra.

Wilcox entró. En la habitación estaba Ruth atada a una silla. Aquellos tipos debían haberla golpeado. Tenía los labios bañados en sangre.

Y a Wilcox no le gustaba que nadie golpease a una mujer aunque ésta hubiera intentado asesinarle días antes.

Se puso en movimiento con una diabólica rapidez.

Había dejado caer al suelo uno de los cintos, pero aun le quedaba en la mano el otro. Lo movió rápidamente en forma de látigo y cruzó con él la cara de los dos tipos que tenía enfrente, mientras se dejaba caer al suelo. El que antes le apretaba las costillas con su revólver se había descuidado un momento, creyéndose seguro. Ahora iba a descubrir que con un tipo como Wilcox uno no estaba seguro nunca.

Disparó, pero ya fue demasiado tarde.

Los otros dos tipos también hicieron fuego al azar, cegados por la sangre que manaba de sus párpados. Wilcox les había propinado dos golpes a conciencia, con el cinto lleno de plomo, y uno de ellos incluso tenía roto el tabique nasal. Wilcox, mientras caía a tierra, aprovechó la oportunidad para tirar de su revólver.

El que le había amenazado primero había vuelto ya su «Colt» hacia él. Wilcox apretó el gatillo mientras se encogía como en un calambre. La bala picoteó junto a sus pies, mientras la que él había lanzado atravesaba el corazón de su enemigo.

Le quedaban dos, dispuestos a disparar. Pero el joven vio inmediatamente que habían adoptado otra táctica.

Sabiendo que Wilcox era invencible con el revólver, uno de ellos había corrido junto a Ruth poniéndole un cuchillo en la garganta.

—Suelta ese revólver, maldito Wilcox, o degüello a la chica.

—No te atreverás.

—¿No?

Clavó un poco el cuchillo en la garganta de la muchacha. La sangre empezó a brotar.

—Suelta ese revólver, Wilcox.

—No lo hagas —jadeó Ruth—. Yo me puse de acuerdo con Mike Galea para asesinarte. Deja que me degüellen. ¡No te entregues, Wilcox!

Él dejó caer suavemente el revólver a tierra.

El pistolero, que tenía el tabique nasal roto, se le echó entonces encima, viéndole indefenso. Sus puños empezaron a caer sobre el rostro del joven, arrancándole tiras de piel a cada impacto. Wilcox no se movía, pero a cada nuevo golpe, Ruth lanzaba un gemido como si le arrancaran estertores de dolor.

Por fin Wilcox se cansó.

Al fin y al cabo, aún tenía las manos libres.

Las clavó de flanco en los costados de su enemigo, con una fuerza satánica, dejándolo sin respiración. Y cuando el otro empezaba a lanzar boqueadas le martilleó implacablemente el tabique nasal roto, hasta dejarle la cara convertida en algo irreconocible. El otro aullaba de dolor. Por fin el del cuchillo volvió a introducir la hoja unos milímetros en el cuello de Ruth.

—Déjalo o la mato.

Wilcox dejó de golpear a su enemigo, que cayó al suelo como una cosa blanda y sin fuerza, gimoteando de dolor.

—Ponte cara a la pared y con las manos en alto. Tú, muchacha, haz lo mismo que él. No te preocupes por las cuerdas. Ya están flojas.

Los dos se encontraban instantes después con las manos apoyadas en uno de los tabiques. Nadie se movía en el hotel, como si los disparos no se hubiesen oído. Aquello era lo más prudente en Carson City: no moverse aunque la ciudad se incendiara por los cuatro costados.

—Te has condenado a muerte —susurró Ruth—. Esos hombres pertenecen a la compañía minera, e imaginan que cuando has ido a ver a Sirena Fullinger ha sido para prometerle tu apoyo. Te exterminarán lo mismo que a tus amigos.

—Falta que puedan capturarlos.

—Son astutos. Han entrado en mi habitación de repente, y me han sujetado entre los cuatro sin dejarme tiempo para respirar. Luego tú has caído en la trampa, e igual caerán los otros.

—Los otros tienen una ventaja, Ruth.

—¿Cuál?

—Que no están enamorados de ti.

La muchacha se estremeció como si la hubiera recorrido un calambre, como si hasta sus nervios más secretos se pusieran en conmoción. Olvidándose de que estaba herida y de que la sangre manaba aún por su cuello, suplicó:

—Repite eso. Dímelo otra vez.

Un revólver se clavó entonces en la espalda de cada uno de ellos.

—Quietos. Poned ahora las manos en la espalda. Y tú, Fitz, vete atándoles.

Fitz era el de las facciones destrozadas, quien acababa de levantarse otra vez. Con una cuerda ató a los dos las manos a la espalda, ensañándose con las muñecas de Wilcox hasta que la soga penetró en su carne.

—¿Adonde nos vais a llevar? —preguntó Wilcox—. Hay tres pistoleros más dispuestos a ayudarme.

—Precisamente eso servirá para que caigan en la trampa.

Los dos fueron empujados brutalmente hacia otras escaleras que daban a una salida trasera del hotel. Allí, en la calle silenciosa, había un carromato de los tirados por dos caballos y vigilado por un hombre. Wilcox y Ruth fueron obligados a subir a él y arrojados a su fondo como fardos.

Momentos después, el carromato salía de la ciudad en dirección norte.

CAPÍTULO IX

CUATRO MINUTOS DE VIDA

Jensen estaba en un almacén de ropas en compañía de Violeta Payton, la mujer que poco antes capitaneó el grupo que estuvo a punto de linchar a Wilcox.

Jensen era un tipo bromista y peligroso cuando había pelea, pero con un corazón tan grande como su monumental estatura.

Y le daba pena aquella muchacha, que estaba sola en la ciudad y sin un mal dólar para comprarse ropa de luto.

No la odiaba porque hubiera intentado linchar a Wilcox. Ella había creído hasta entonces que Wilcox era el asesino de su padre, y en tal caso no tenía nada de particular que desease su muerte.

Por eso ahora Jensen se estaba gastando sus últimos dólares en comprar a la muchacha una decente ropa de luto.

Además, ¡qué diablos!, ella no le parecía mal. Era… era una mujer para él, vaya. Fuerte, valerosa, acostumbrada a la rudeza de la vida en el Oeste.

—Esta falda y esta blusa te sentarán muy bien —decía en este momento mientras ella examinaba los géneros—. Estarás como para hacerle caer la baba a ese inútil de Griley.

—¿Por qué le llamas inútil?

—¡Bah! No sabe manejar ni un cortaplumas.

—Pues cuando salvasteis a Wilcox yo le vi abrir a un hombre de una sola cuchillada. Era uno de los pistoleros de la compañía minera. Lo vi perfectamente.

—¡Bah! Debías estar soñando.

Y su conversación quedó interrumpida porque en ese momento

llegó Griley acompañado de un tipejo pequeño, ridículo, vestido de negro, con una enorme nariz y unas gafas obscuras cabalgando sobre ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jensen.

—Este hombre ha visto cómo se llevaban a Wilcox y a Ruth —dijo Griley—. Asegura que los han hecho subir a un carromato guiado por un pistolero de la compañía Barklay, y que han tomado luego la ruta del norte, en dirección a la zona minera.

—¿Es eso cierto?

—Creo que debe serlo, porque a Wilcox no se le ve por ninguna parte. He estado también en el hotel donde vive Ruth y me han dicho que allí ha habido pelea fuerte hace poco.

—¡Diablos! Es posible que esté en peligro —gruñó Jensen—. Avisa inmediatamente a Ramírez.

—No es posible encontrarlo. También ha desaparecido de la población.

—Es extraño. Habrá ido detrás de cualquier mexicana, el muy granuja. —De repente, se encaró con el tipejo—. ¿Sospechas a qué lugar han podido llevarles?

—Yo imagino que a unas minas abandonadas que la compañía Barklay posee en la parte Norte de la ciudad —dijo tímidamente el de las gafas.

—Está bien. Vamos allá.

Guiados tan sólo por su deseo de ayudar a Wilcox, a ninguno de los dos se le ocurrió preguntar a aquel tipejo por qué les había dado aquella noticia, si no les conocía tan siquiera. Griley no pensó en ello, y Jensen era confiado por naturaleza. Aun caso de pensar que aquello podría ser una trampa, habría hecho lo mismo: ir en ayuda de su amigo.

Se dirigieron a la cuadra pública, sacaron de ella sus corceles y tomaron la salida del Norte, siguiendo las huellas del carromato que aún estaban claramente marcadas en la senda.

Atravesaron un campamento minero donde no se oían más que disparos, canciones y gritos, y siguieron sin desviarse una yarda las huellas del carromato.

Media hora después, llegaban a un grupo de pequeñas colinas que estaban materialmente horadadas por los cuatro costados, y donde los mineros habían buscado oro hasta poco tiempo antes. Un

año atrás, aquello debió ser un hormiguero de animación, pero ahora estaba solitario y triste como el paseo de un cementerio.

Y las bocas abandonadas de las minas causaban el siniestro efecto de tumbas que acabaran de abrirse.

—No me gusta esto —gruñó Jensen—. No me gusta absolutamente nada.

Y mucho menos les gustó cuando alguien conminó:

—Armas a tierra. Os estamos apuntando desde los cuatro costados.

* * *

Los dos se dejaron caer velozmente de los caballos mientras llevaban las manos hacia sus armas. Confiaban en ser más rápidos que sus misteriosos enemigos.

Jensen gritó:

—¡Es una trampa!

Las balas picotearon la tierra, a su alrededor, y los caballos no fueron heridos gracias a la velocidad con que brincaron. Griley hizo dos disparos al azar y no acertó. Jensen se dio cuenta entonces de que estaban tumbados en el suelo en el centro de una zona plana, sin ninguna clase de protección, y rodeados de rifles por todas partes.

—No dispares —aconsejó—. Estamos perdidos.

Los de los rifles hicieron un par de disparos de aviso levantando polvo a unos centímetros de sus cabezas. Eso sirvió para demostrarles que podían eliminarlos en cuanto quisieran.

Griley y Jensen se pusieron poco a poco en pie, desabrochando sus cintos canana.

—Acercaos.

Los dos se acercaron a la entrada de una mina, donde acababa de encenderse un farol de petróleo. Tres hombres armados con rifles les estaban encañonando.

Jensen reconoció entonces al tipo que parecía mandar a toda aquella tropa.

Era el sujeto del bigotito, el tipo bien vestido que quería tirar de la soga en el linchamiento de Wilcox y a quien estuvieron a punto de triturar durante la pelea.

—Lástima —dijo Jensen.

—¿Lástima, qué?

—Lástima no haber hecho lo que pensábamos. ¡Con lo bien que estarías tú ahora arrastrado por un caballo!

El del bigotito tenía un «Colt» en la mano derecha. Lo volteó, sujetándolo por el cañón, y aplastó la culata sobre los labios de Jensen, partiéndoselos. El joven lanzó un grito de dolor.

—No estás en situación de hacer el gallito —dijo el del bigote, guardando su revólver—. Yo soy Barklay, el propietario de la compañía minera, y vosotros estabais estorbando ya demasiado. Os eliminaré de forma que nadie vuelva a encontrar jamás vuestros cuerpos. Pero tú me has dado una buena idea con lo del caballito, Jensen.

—¿Sí? ¿Es que va a dejar que le arrastre, cochino?

—Todo lo contrario. Haré que te arrastren a ti.

Frías gotas de sudor brotaron instantáneamente de los rostros de los dos prisioneros. Y los dos, como obedeciendo a un mismo impulso, se lanzaron contra sus enemigos. Pero éstos estaban atentos y los mantuvieron a raya brutalmente con las culatas de sus rifles. Jensen y Griley cayeron al suelo con la sensación de que acababan de partirles todos los huesos del cuerpo.

Barklay lanzó un silbido.

Un jinete montando un caballo blanco apareció al trote por detrás de una colina.

—Da un paseo a este tipo.

Sin que pudiera defenderse, puesto que le atacaron cuatro hombres a la vez, Jensen se vio inmovilizado y sujeto a una cuerda que iba anexa a la silla del caballo. Barklay gritó:

—¡A galope!

El jinete excitó su caballo, que era un pura sangre, y lo lanzó a gran velocidad por sobre el terreno pedregoso. Jensen se destrozó los labios a fuerza de mordérselos, mientras el caballo daba dos vueltas a aquella especie de circo entre las colinas. El bárbaro suplicio arrancó una carcajada a la garganta de Barklay. Al fin Jensen, cuando tuvo la sensación de que todos sus huesos iban a partirse, lanzó un grito de agonía, de sufrimiento incontenible, y perdió el sentido.

—¡Basta!

El jinete detuvo el galope del animal al oír la orden de Barklay.

—Entradlos en la mina.

Jensen, exánime, fue cargado como un paquete sobre los hombros de un pistolero, y Griley obligado a caminar. Así entraron en la mina, donde se habían encendido varios faroles de petróleo más. Al fondo de una de las galerías, atados de pies y manos, estaban Wilcox y Ruth.

Wilcox lanzó una maldición al verlos.

—Pero ¿quién os ha engañado?

—Un tipo pequeñajo y ridículo a quien aplastaré en cuanto vuelva a verlo —silbó Griley, entre sus dientes apretados.

—No tendrás ocasión —dijo Barklay—. Ese tipo pequeñajo y ridículo es mi secretario. Un valioso auxiliar, a causa de su aspecto inofensivo. ¡Pronto! ¡Atad a esos dos también!

Sin que pudieran resistirse, Jensen y su amigo fueron atados y arrojados junto a Wilcox y Ruth.

—¿De qué manera piensas matarnos? —preguntó Wilcox, mirando fijamente a Barklay—. ¿A picotazos como los buitres o a mordiscos como las hienas?

—Mucho más sencillo. Haremos volar la mina y quedaréis sepultados para siempre.

—Sólo faltaría que con la voladura descubrieses oro —gruñó Wiox—. Colocaríais ahí fuera unas hermosas lápidas, ¿no?

—Nos limitaremos a hacer unas muescas en los revólveres.

Wilcox llevaba al cuello una cadena, de la cual colgaba una bala calibre 45. Barklay la miró con curiosidad.

—¿Por qué llevas eso?

—Es una bala de «Colt». La tengo destinada para matar a un hombre.

—¿Quién?

—Mike Galea.

Barklay lanzó una carcajada.

—¿Matar a Mike Galea? ¿Y crees que saldrás de aquí para poder hacerlo, imbécil?

—Estoy completamente seguro.

Tenía a Barklay muy cerca de sí. En un momento de descuido del otro, levantó ambas piernas y le golpeó tras las rodillas, haciéndolo caer. Entonces volvió a mover las piernas y le clavó ambas botas en la mandíbula. Se oyó un terrible chasquido de

huesos rotos y Barklay perdió el conocimiento.

Si en aquel instante, uno solo de los tres amigos hubiese estado libre, es muy probable que hubieran logrado salir de allí, a pesar de los hombres que ocupaban la galería de la mina.

Pero estaban atados y sin posibilidad de ponerse en pie. Los culatazos y los puntapiés empezaron a llover sobre todos, incluso sobre la mujer. Wilcox rechinó los dientes y logró cazar a otro de sus enemigos con un taconazo al bajo vientre, clavándole la espuela. El otro se arrojó a tierra aullando de dolor. Barklay recobró el conocimiento en ese instante, se arrojó sobre Wilcox y estuvo abofeteándolo hasta que le dolieron las manos.

Jadeante y sudoroso, sin respiración a causa del esfuerzo, se puso por fin en pie.

—Colocad las cargas.

Varios cilindros de dinamita fueron colocados a poca distancia de los prisioneros, de forma que al estallar los despedazasen al tiempo que hundían para siempre las paredes de la mina.

Con la velocidad de ratas hambrientas, los pistoleros corrían por las galerías tendiendo la mecha que habría de provocar la explosión.

Ruth tenía los ojos cerrados y no se atrevía a mirar los siniestros preparativos. Wilcox, Jensen y Griley se pusieron a silbar al unísono una cancioncilla alegre.

—Escribiré al infierno una carta de recomendación para vosotros —dijo Barklay, cuando todas las mechas estuvieron conectadas—. Lo siento por la mujer. Podríamos habernos divertido mucho los dos si a mí no me conviniera enviaros tan pronto al diablo.

—Nos volveremos a ver —silabeó Wilcox.

Pero la verdad era que estaba seguro de que aquello era el fin.

Los faroles de petróleo fueron retirados y los asesinos se alejaron. Una soledad espantosa rodeó a aquellos tres hombres y la mujer que estaban destinados a morir.

Las tinieblas se hicieron impenetrables. Y el silencio. Era como si estuviesen ya en su propia tumba. Los tres comenzaron a oír tan sólo el rumor uniforme de su propia respiración.

—Debes perdonarme por todo lo que he hecho contra ti —musitó Ruth, acercando su cuerpo al de Wilcox—. Estaba loca de desesperación porque te casaste con otra mujer, y… y deseaba que

no pudieses volver a amar a ninguna otra.

—Cálmate. Ahora es seguro que no podré volver a amar a nadie —sonrió Wilcox en la oscuridad.

—Necesito que sepas que yo siempre te quise —siguió musitando Ruth—. Ella, la que fue tu mujer… Bueno, ella te merecía más que yo porque era una auténtica señorita. Pero yo te quería. Te quería como no volveré a querer jamás.

—Eso es seguro —dijo Jensen, soltando una carcajada—. ¡Cómo no te enamores del demonio!

—¡Calla, bestia! —Gruñó Wilcox.

Jensen se calló.

Se calló por dos motivos: primero, porque Wilcox se lo había ordenado, y segundo porque a lo lejos todos vieron como unos puntitos ígneos de luz, parecidos a las brasas incandescentes de unos cigarrillos.

Las mechas habían sido encendidas desde fuera. Se habían ido consumiendo. Y ahora el fuego ya estaba allí.

—Deben faltar unas cinco yardas —murmuró Griley.

—¿Cuánto tiempo calculas para…?

—Pongamos cuatro minutos.

¡Cuatro minutos de vida!

—Lo único que esto tiene de bueno es que moriremos sin damos cuenta —suspiró Griley—. Y que no quedaremos desfigurados, porque el trozo mayor que se encuentre de nosotros será como una uña.

Las puntitas de fuego se acercaron más.

—Avanzan de prisa, cuerno —susurró Jensen—. ¿Y si sopláramos?

—Más vale que reces —aconsejó Ruth.

Los tres guardaron silencio. Debían estar a solas con sus pensamientos y con los problemas de su conciencia. Las puntitas de fuego se acercaron más, más…

Y por fin, llegaron a las cargas de dinamita.

CAPÍTULO X

SIN PIEDAD

En el último instante, cuando supieron que iba a producirse la terrible explosión, todos cerraron instintivamente los ojos.

Aquello era el fin.

Más valía no mirar para no ver el terrible resplandor de la muerte.

Las llamitas ya debían haber llegado hasta las cargas de explosivo.

Pero pasaron quince segundos, treinta…

Wilcox fue el primero en abrir los ojos.

—¡Diablos! —Gruñó.

Las puntitas de fuego ya no se veían.

Era como si se las hubiese tragado el demonio o como si alguien hubiese cortado las mechas en el último segundo.

Wilcox, entre la impenetrable oscuridad que les rodeaba, creyó distinguir vagamente un bulto que se movía a unos pasos delante de ellos. Silbó entre los dientes:

—¡Chist! ¿Quién cuernos eres? ¿O es que ya estamos en el infierno?

—¡El infierno es el sitio donde deberíais estar, pasmados! —dijo la voz de Ramírez—. ¿O es que creíais que un mexicano macho como yo os iba a dejar en esta encrucijada?

Ahora todos abrieron los ojos. No se veían sus caras, pero todos tenían la boca abierta como si creyesen estar viviendo un sueño.

¿Dónde estabas, Ramírez? ¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí?

—Es mala táctica ir siempre los cuatro juntos —explicó el mexicano—. De este modo cuando atrapan a uno atrapan a los cuatro. ¿Sí o no? Por eso, cuando vi que en Carson City habría guerra, yo me separé de vosotros. Supe que estabais prisioneros y entonces intervine. Estuve esperando cerca de la mina, y cuando prendieron fuego a las mechas entré, después de acuchillar al tipo que se había quedado de guardia.

—¡Uf! ¡Acuchillar a un tipo! —exclamó Jensen—. ¡Con lo poco que a mí me gusta el arma blanca! Pero eso no lo hubiera sabido hacer Griley.

—¿Han notado algo? —preguntó Wilcox.

—Aún no, pero lo notarán. Ya deben estar extrañándose de que no hayan explotado las cargas.

—Desátanos —pidió Wilcox—. Tenemos que estar libres antes de que sea demasiado tarde.

A tientas, y valiéndose de su cuchillo todavía ensangrentado, Ramírez los desató.

Desde fuera llegaban ya los gritos con que Barklay ordenaba a sus hombres que volviesen a entrar en la mina.

—Haremos estallar un par de cargas —dijo Wilcox—. Conviene que se confíen.

Con un fósforo que le prestó Ramírez, encendió el cabo de mecha de uno de los cartuchos y lo lanzó contra la entrada de la mina. La detonación hizo retemblar las paredes y pareció como si todas las galerías fueran a hundirse. El humo y el polvo les impidieron la respiración.

Pero no se oían ya los gritos de Barklay, quien debía esperar la explosión de los otros cartuchos.

—Creerán haber sincronizado mal las mechas —dijo Wilcox—. Y esperarán durante un par de minutos más. Ésta es nuestra ocasión. Tomad una carga de dinamita cada uno, muchachos.

Todos, incluso Ruth, tomaron entre sus dedos un cartucho.

—Hay que encenderlos y arrojarlos inmediatamente para que no exploten en nuestras manos. ¿Has podido contar cuántos hombres eran, Ramírez?

—Por lo menos, ocho. Y nueve con el que he liquidado yo.

—Entonces no hay tiempo que perder. Vamos a la entrada.

Avanzando por entre el humo y el polvo, llegaron a la boca de la

mina. Desde allí vieron a Barklay y a sus hombres parapetados tras unas rocas, apuntando. Aquellos perros no se confiaban ni aun después de haber oído la explosión de la dinamita. Wilcox encendió rápidamente su cartucho de modo que la llama no se viese desde fuera.

—¡Pronto! ¡Todos!

La carga voló por los aires y fue a estallar justamente encima de las rocas. Varios cuerpos humanos saltaron destrozados por la onda expansiva. Los tres hombres y Ruth lanzaron también sus cartuchos. En un momento, aquella zona de minas abandonadas pareció convertirse en el mismísimo infierno.

—Déjame tus armas, Ramírez —pidió Wilcox.

—Pero, ñato si a los que queden me los quiero liquidar yo.

—Barklay es mío. He dicho que me dejes tus armas.

Con un gruñido, Ramírez se desprendió hábilmente de sus cintos canana. Wilcox se los ciñó.

Frente a ellos no se oía ni el susurro de una hoja.

Wilcox fue el único que salió al exterior, corriendo con la agilidad y el silencio de un gato. No sabía cuántos enemigos podían quedar con vida, pero si alguno quedaba debía estar apuntándole. Recorrió con los revólveres amartillados toda la zona de las rocas. Vio cadáveres en las posturas más diversas, más grotescas, pero no pudo encontrar el de Barklay.

Además, contó sólo cinco muertos. Debían estar vivos Barklay y, por lo menos, dos hombres más.

Fue entonces cuando Wilcox se dio cuenta de que un gravísimo peligro amenazaba a sus compañeros.

Estaban solos… y sin armas.

Lanzó un grito de advertencia:

—¡Volved a entrar en la mina!

Pero ya era demasiado tarde. Barklay y dos pistoleros habían aparecido tras ellos, con las armas amartilladas. En sus ojos se leía un deseo de matar que Wilcox sólo recordaba haber visto en las fieras hambrientas. No tuvieron ni un asomo de piedad.

Vieron a los tres hombres y a la mujer reunidos, de espaldas a ellos, y tiraron a mansalva.

Sólo Griley y Ramírez llegaron a darse cuenta de que tras ellos tenían la muerte.

Tan sólo llegaron a tiempo de cubrir a sus compañeros e interponerse en el camino de las balas. Nada más podían hacer. Griley recibió plomo en una pierna y Ramírez en mitad del pecho.

Pero no por eso perdió las fuerzas ni el salvaje humor que le caracterizaba.

—¡Mira qué perritos mordedores! —gritó.

Y dio un salto para arrojarse sobre el que estaba más cercano a él. Éste disparó otra vez, alcanzándole en el estómago. Ramírez acusó el impacto con un estremecimiento.

Pero cayó sobre su enemigo y rodaron los dos por tierra. Ramírez, que no tenía más que sus dedos… ¡empezó con ellos a matarlo!

Clavó los pulgares en su cuello y apretó con todas sus fuerzas, estrangulándolo.

El pistolero disparó otra vez, a quemarropa.

Los pulgares siguieron apretando.

Jadeó. Perdía el mundo de vista.

Un nuevo disparo.

Ramírez tuvo un estremecimiento y apretó aún más. La muerte ya estaba en sus ojos y en el rictus de su boca. Era un muerto que mataba.

Dos disparos más.

No quedaban balas en el revólver.

El pistolero lanzó un grito de agonía, de dolor infrahumano, y quedó muerto con las manos agarrotadas a la altura de la garganta. Ramírez, sangrando por más de cinco heridas, cayó sobre él.

Mientras tanto, Barklay y el único pistolero que quedaba vivo habían tratado de huir, abandonándolo todo.

Una voz demoníaca los detuvo:

—¡Quietos!

Era como la misma voz de la muerte. Los dos comprendieron que si avanzaban un paso más, dos balas del 45 atravesarían sus cabezas. Se detuvieron arqueando los brazos.

—Guardad los revólveres.

Los dejaron caer en sus fundas.

—Volveos.

Giraron poco a poco. Los ojos de Barklay temblaban dentro de sus órbitas. Vieron a Wilcox ante ellos, con los brazos ligeramente

arqueados y los revólveres en las fundas.

—¿Es que quieres un desafío? —preguntó Barklay, intentando ganar tiempo.

—Quiero exterminaros a los dos. Hay doce balas en estos revólveres y las doce las voy a repartir por partes iguales entre vuestros cuerpos. Sin preferencias. Seis para cada uno. Colocaos como os plazca y elegid el momento. Yo estoy preparado.

Ramírez, con sus postreras fuerzas, levantó un poco la cabeza y miró a Wilcox.

—¡Hala, macho! —gritó.

Luego volvió a dejar caer la cabeza, pesadamente. Aquéllas habían sido sus últimas palabras.

Y fue entonces cuando Barklay y su pistolero comprendieron que Wilcox no tendría piedad, que iban a morir los dos.

Perdieron los nervios.

—¡Saca! —gritó Barklay.

Seis brazos se movieron al unísono, con diabólica velocidad, en busca de las armas. Y Wilcox las tuvo en línea de tiro cuando sus dos enemigos no habían logrado ni sacarlas tan siquiera.

Empezó a disparar.

Lo hacía con una fría precisión, como una máquina. Con una frialdad casi inhumana. Cuando vio a sus dos enemigos tambalearse alcanzados por el plomo, ni siquiera entornó los párpados. No pestañeó. Así morían todos los traidores y todos los cobardes. Así.

Diez balas, once, doce…

Cuando los percutores golpearon sobre casquillos vacíos, dejó Wilcox de disparar.

Sus enemigos habían muerto dos veces.

CAPÍTULO XI

¡CON UÑAS Y DIENTES!

El carromato en el que Wilcox y Ruth habían sido transportados a la zona minera, regresó a Carson City a toda velocidad que podían lograrse de los fatigados caballos.

Griley presentaba una fea herida en una pierna, y a pesar de que Wilcox le había hecho un torniquete, la bala podía producir infección. Era indispensable buscar en seguida un médico.

En Carson City había tres, pero casualmente a aquella hora no fue posible encontrar ninguno.

Uno estaba en el cementerio haciendo una autopsia, el otro había sido herido en una riña y el tercero estaba asistiendo a un parto en Rancho Felicidad, a poca distancia de allí.

—Iremos al rancho —determinó Wilcox—. Esa clase de balazos no me gustan y no hay tiempo que perder.

—Tardaremos en regresar —gruñó Jensen—. La niña necesitará alimento.

—Ya la atenderán en el hotel. No podemos preocuparnos ahora de ella.

—Yo acepté cuidarla y yo la cuidaré —afirmó Jensen—. De modo que voy al hotel a buscarla. Mientras curan a ese inútil de Griley, haré que le preparen algo de cenar en el rancho.

Pasaron por el hotel y minutos después ya galopaban en dirección a Rancho Felicidad.

—¿Qué dirección seguiremos? —preguntó Ruth a Wilcox, que llevaba las riendas.

—La más corta, aunque sea también la más peligrosa; la del

acantilado.

Enfilaron a velocidad suicida un estrecho camino al borde de un desfiladero rocoso. Jensen, que iba medio dormido bajo la lona, vio que la niña jugueteaba con unas cargas de dinamita que había en el fondo del carromato.

—Pero ¿vas a estarte quieta? ¡No toques eso, a ver si vas a entenderme! ¡No lo toques!

La niña no lo tocó más, pero miraba los cartuchos como el que mira un envidiable juguete.

—Mira, nena —explicó con paciencia Jensen—. Estas cositas estallan, pum, pum, y hacen pupa. En cuanto uno enciende esta mecha, ¿ves?, corre el peligro de volar por los aires. Como vuelva a ver que tocas un cartucho te echo a bofetadas fuera del carromato.

Encendió una de las mechas, ante los ojos divertidos de la pequeña, y cuando vio que la carga estaba a punto de estallar, la arrancó de un tirón. Luego sopló, dándose importancia, y miró con suficiencia a la niña.

—¿Has visto?

—Sí, tío.

—¡No me llames tío!

—No, tío.

Jensen iba a lanzar un bufido cuando en ese momento una sarta de detonaciones hizo retemblar el aire.

Wilcox detuvo bruscamente los caballos. Las balas atravesaron en varias direcciones la lona del carromato. Aquello era una emboscada y un ataque en regla. Griley gritó:

—¡Son balas de «Winchester»! ¡Pronto, hemos de salir de aquí! ¡Sacad a la niña!

Jensen se apoderó de la pequeña y dando un salto salió fuera del carromato. Segundos después, volvía para sacar a Griley, que ya estaba siendo arrastrado hacia afuera por Wilcox. Ruth se deslizaba hacia los peñascos por debajo de las ruedas del carromato.

Hasta que se reunieron todos detrás de una roca, no pudieron hacerse una idea exacta de la situación.

Las balas aullaban por todas partes. Había luna y sus enemigos les tenían perfectamente localizados. En cuanto abandonaran el refugio de aquella roca podían considerarse muertos.

Mientras Wilcox escuchaba la frecuencia de los disparos, los

caballos huyeron a galope arrastrando el carromato. Esto convenía a los sitiadores porque así los cercados no tendrían ningún lugar donde cobijarse, excepto aquella roca. Pero antes de llegar al primer recodo, el tiro se desenganchó y el carromato quedó volcado.

Mejor aún para los sitiadores. Esto completaba el cerco.

—Disparan desde todas partes —dijo Wilcox—. Son seis hombres, a juzgar por la frecuencia de los estampidos. No nos han dejado más salida que la profundidad del desfiladero, y eso significa la muerte. Voy a intentar romper el cerco. Apóyame, Jensen.

Pero se dio cuenta de que Jensen no le escuchaba. Estaba mirando a todas partes, como desorientado.

—¿Qué te pasa, Jensen?

—La pequeña. No sé dónde se ha metido.

—Me temo que no tendrás tiempo de buscarla ahora. Preocúpate de cubrirme con tu fuego, y si logro colocarme en mejor situación, trataré de verla.

Wilcox no había adivinado aún quiénes eran sus enemigos, y por eso obraba con prudencia. Pero al levantar la cabeza un instante para observar el terreno, vio frente a él, a unas veinte yardas, la cabeza de un hombre que observaba también.

Era Mike Galea. ¡Mike Galea, que había vuelto a Carson City con una tropa de pistoleros para cumplir su promesa!

A partir de aquel momento, Wilcox se convirtió en un loco.

Ya no le importó nada, ni siquiera su propia vida. Tenía que acabar con Mike Galea, aunque esto fuera lo último que hiciese, aunque tuviera que dejarse toda su sangre en las veinte yardas que le separaban de su enemigo. Abrió el cilindro de uno de sus revólveres, introdujo en él la bala que iba destinada a Galea y corrió las recámaras de modo que a aquella bala le correspondiese ser disparada la última.

Luego, salió.

Pudo aún oír el grito de Ruth:

—¡Estás loco! ¡Vuelve! ¡Dios mío! ¡Atrás!

Las balas siluetearon a Wilcox, que corría como un endemoniado en dirección a sus enemigos. Éstos, bien parapetados, no tenían nada que temer de él. El joven cayó alcanzado en una pierna y a duras penas consiguió guarecerse a un lado del camino. Quedó en situación tan precaria, que las balas empezaron a arrancar

partículas de roca junto a su cabeza. Wilcox tuvo que cerrar los ojos para que las partículas de roca no le dejaran ciego.

En esta situación nada podía hacer. Estaba por completo a merced de sus enemigos.

Uno de éstos se confió demasiado. El gigantesco Jensen hizo un chasquido con la lengua y le apuntó a la cabeza.

Una fracción de segundo después se la había volado.

—¡Esto no lo haces tú, Griley! —rió.

Vio entonces que algo brillaba por los aires, de repente, uno de los sitiadores se puso en pie lanzando un alarido de angustia. Jensen tardó en comprender que aquel tipo tenía un enorme cuchillo clavado en mitad del cuello. El gigantón se palpó instantáneamente el lugar donde llevaba el «Bowie» que arrancó a uno de los muertos, junto a la mina, y se dio cuenta de que ya no estaba allí.

Tuvo la sensación de que estaba viendo visiones.

¿Se lo habría arrancado Griley para hacer aquel lanzamiento maestro y acertar a un tipo en mitad del cuello a veinte yardas de distancia?

No, no podía ser. Seguro que el del lanzamiento había sido Wilcox.

Además, ahora no tenía tiempo para preocuparse de eso.

Siguió disparando y cubriendo con el fuego a su amigo, pero no pudo impedir que uno de los pistoleros, saltando de roca en roca, se acercase a Wilcox con el revólver preparado.

Wilcox, cuando lo tuvo casi encima, le descerrajó una rociada de balas desde las ingles hasta el cuello, haciéndolo caer muerto casi junto a sus pies.

Pero con esto no había visto a otro de los pistoleros que también se acercaba.

Éste levantó el revólver poco a poco. Estaba tan seguro de acertar, porque tenía al enemigo de espaldas, que una sonrisa distendió sus labios. Pero cuando iba a apretar el gatillo, vio aparecer frente a él la figura de una mujer armada con un revólver.

Aquella mujer era Ruth.

¡Ruth, que desafiaba a la muerte con tal de salvar al hombre a quien amaba!

El pistolero desvió instantáneamente la dirección de su arma, y

en ese momento, Wilcox le voló la cabeza de un disparo.

Pero Mike Galea, desde su parapeto de las rocas, disparó, a su vez.

Ruth, alcanzada cerca del corazón, se encogió lanzando un débil gemido. Cayó a los pies de Wilcox mientras éste lanzaba un rugido de fiera.

Trató de avanzar hacia los tres enemigos que aún quedaban parapetados, pero la pierna le falló y cayó a tierra. Con ello no consiguió más que quedar en peor situación que antes. Ahora los pistoleros de Mike Galea le tenían completamente a tiro.

Jensen y Griley le cubrían desesperadamente con su fuego, pero aquello no podía durar mucho. En cuanto tuviesen que recargar sus revólveres. Mike Galea levantaría el cuerpo y exterminaría a Wilcox.

Éste no disparaba más porque ya sólo le quedaba una bala: la que tenía destinada para su peor enemigo.

Transcurrió un minuto, dos…

La frecuencia de los estampidos aturdía y llegaba a ensordecer.

Y por fin llegó lo temido, cuando Griley y Jensen, quienes no habían coordinado bien sus disparos, tuvieron que recargar sus armas los dos a la vez.

Mike Galea levantó la cabeza para apuntar. Wilcox empleó la última bala que le quedaba y le alcanzó en un costado.

Sólo en un costado.

Pero Mike Galea cayó desde su refugio y empezó a dar trágicas volteretas sobre las rocas hasta quedar en el camino cerca de él. Desenfundó entonces su cuchillo y empezó a arrastrarse hacia Wilcox.

Éste no tenía más armas que un revólver descargado. Lo asió por el cañón para triturar el cráneo de su enemigo con la culata.

Pero sabía que no iba a llegar hasta él.

Dos pistoleros más, bien protegidos tras las rocas, le estaban apuntando.

Wilcox dirigió una mirada a Ruth. La última mirada.

Los dos pistoleros le apuntaron a la cabeza.

* * *

Jensen, que sólo había podido introducir dos balas en los

cilindros, las disparó precipitadamente y mal. Ni siquiera llegó a rozar a sus enemigos.

—¡Cielos! —susurró—. ¡Wilcox está perdido!

Pensó en lo que luego sería de Ruth, en lo que sería de la niña… Y en ese momento, al pensar en la niña, la vio. ¡La vio en la situación más increíble que nunca se hubiera atrevido a imaginar!

La pequeña se había ido arrastrando sobre las rocas… ¡con un cartucho de dinamita en la mano! ¡Un cartucho con la mecha prendida!

Sin duda se había apoderado de aquella carga al ser sacada del carretón, junto con los fósforos que Jensen dejó a su lado. Y haciendo sencillamente lo que había visto hacer… ¡tenía ahora en las manos algo capaz de hacerla volar en pedazos!

—¡Tira eso! —aulló Jensen, sintiendo que se estremecían todas las fibras de su garganta—. ¡Cielos! ¡Tíralo, pequeñaaaa…!

La niña, asustada, tiró el cartucho.

Pero encima de los dos pistoleros.

Como estaba casi sobre ellos, le costó muy poco trabajo.

Una horrísona explosión hizo estremecer la noche, mientras la pequeña lloraba dejándose caer en un hueco entre las rocas. Los pistoleros, antes de poder hacer fuego, saltaron despedazados por los aires. Jensen, lanzando unos gritos de alegría propios de un loco, saltó corriendo en busca de la niña, la pequeña que no servía de nada… ¡y sin la cual hubiesen muerto todos aquella misma noche!

Mike Galea sufrió un brutal estremecimiento al ver saltar hechos pedazos a los dos únicos hombres que le quedaban. Ahora estaban Wilcox y él frente a frente, solos como dos fieras que se disponen a matar o a morir.

Mike saltó primero blandiendo el cuchillo.

Solamente había recibido una herida en el costado izquierdo, de modo que podía moverse con rapidez. Wilcox, en cambio, puesto en pie, se tambaleaba como una torre a punto de caer. ¡Y sólo tenía una culata para enfrentarse a un cuchillo!

El grito de Mike Galea fue casi un grito de victoria cuando se lanzó sobre su enemigo.

Éste le propinó un puntapié con la pierna sana y cayó a tierra. Mike quedó cerca de él. Brillando sus ojos como los de una hiena en

la noche, se lanzó a la carga nuevamente.

Logró clavar el «Bowie» entre las costillas de su enemigo, pero éste le retorció la muñeca evitando que profundizara. En las facciones de Wilcox no había dolor, sino un implacable deseo de matar. Arrancó de un seco tirón el cuchillo e inmovilizó con una rodilla la mano de su enemigo.

Luego propinó el primer culatazo.

La cabeza de Mike Galea retembló como una caja vacía. Wilcox levantó la culata y la dejó caer otra vez.

—Dos…

Otro golpe.

—Tres…

Mike Galea, con los ojos muy abiertos y las facciones ensangrentadas, ya no se movía. Wilcox aún golpeó otra vez. Cuando alzaba la culata de nuevo, Griley le retiró suavemente el revólver.

—No hace falta golpear a un muerto, Wilcox.

En efecto, Mike Galea tenía la cabeza destrozada desde el primer golpe que él le dio.

EPÍLOGO

JUNTO A UNA TUMBA

Tras regresar penosamente a Carson City, los tres amigos fueron internados en el hospital para que se les extrajeran las balas y empezó para ellos un largo período de convalecencia.

Durante las semanas que duró su curación, tuvieron la suerte de ser atendidos por tres mujeres.

Wilcox por Ruth, Jensen por la hija de Payton y Griley por Sirena Fullinger.

El gobernador en persona los visitó y les dio las gracias por haber exterminado a dos peligrosas bandas de pistoleros. Después de esto ya no volvió a hablarse más de posibles cuentas pendientes con la ley.

Wilcox y Ruth ya tenían determinado casarse, y al poco tiempo las otras dos parejas decidieron hacer lo mismo.

Jensen y su prometida, además, decidieron quedarse con la pequeña hasta que su hermano regresara.

Y un día de primavera viajaron los seis hasta Elko, en el norte del territorio para celebrar una triple boda.

Habían elegido esta población por ser Sirena Fullinger y Griley naturales de la misma, y por pensar Sirena abrir allí un nuevo establecimiento.

La boda fue de las más sonadas y espectaculares que se habían celebrado en Nevada en mucho tiempo. Acudieron *sheriffs*, pistoleros y caballistas de todo el Estado, y Elko adquirió aquel día verdadero rango de capital.

Jensen, entre grandes risotadas y burlas, regaló a Griley un

cortaplumas como obsequio de bodas.

—¡Jo, jo! ¡Anda, para que te limpies las uñas! ¡Anda, no te vayas a cortar, nene!

Griley, con una extraña sonrisa, lo aceptó en silencio.

Pero después de la comida de bodas, Jensen empezó a ponerse serio.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó su esposa.

—¡Oh, nada, nada!

—Tienes el ceño fruncido. Parece como si algo… te preocupara intensamente.

—Es que he estado ligando detalles acerca de Griley y no lo veo claro.

—¿Qué es lo que no ves claro?

—Mira, muchacha, perdóname, pero no puedo vivir con esta duda. Salgo durante una hora. Discúlpame ante los otros.

Y escabullándose discretamente fue hacia el cementerio de Elko armado de un azadón y una pala.

Buscó la tumba del hermano gemelo de Griley y la encontró al poco rato. Era una tumba muy bonita, con una hermosa lápida.

Jensen se pasó la lengua por los labios resecos.

Estuvo a pimío de volverse atrás.

Nunca había hecho aquello, pero… Bueno, sus dudas eran demasiado grandes. No podía seguir viviendo con aquella incertidumbre. De modo que con azadón y pala empezó a remover la tierra de la tumba.

Hizo un hoyo enorme antes de encontrar algo.

Y lo que encontró fue solamente una caja de hierro que pesaba como una condenación.

—¿Es posible que aquí quepa un muerto? —se dijo Tensen, mientras se rascaba la barba.

Y tras pasarse otra vez la lengua por los labios resecos, la descerrajó.

Dentro de la caja había una piedra.

Y en la piedra grabada esta sola palabra:

¡ANIMAL!

Jensen por poco se desmaya al hacer aquel descubrimiento.

¡De modo que Griley no tenía ningún hermano gemelo! ¡De

modo que todo era una farsa para poder desorientar a sus enemigos cuando le conviniera!

¡Y de modo que el que había estado todo aquel tiempo junto a él, aguantando todas sus bromas, era el famoso cuchillero Griley!

A Jensen empezaron a resbalarle por la cara gruesas gotas de sudor.

Ya se vio muerto.

Griley habría preparado con tiempo su venganza. Y ahora sacaría el cuchillo, se acercaría poco a poco a él, lo lanzaría… lo… lo…

Jensen pegó un brinco al oír una voz detrás suyo.

—¿Qué haces tú aquí, ladrón de tumbas?

¡La voz de Griley! ¡La voz del mismísimo Griley!

Tensen, temblando, se volvió poco a poco.

Vio a Griley arriba, al pie de la tumba, alto como un gigante. Y se despidió de la vida al ver que el cuchillero tenía en la mano un «Bowie».

Parecía como si fuese a lanzarlo.

Jensen lanzó un grito, saltó del agujero haciendo una contracción fantástica, y apretó a correr con todas sus fuerzas en dirección a la ciudad.

Ni siquiera oyó los gritos de su amigo:

—¡Pero no seas imbécil! ¡Vuelve! ¡Si es mi regalo de bodas! ¡He hecho grabar en el mango nuestros cuatro nombres!

Todo fue inútil.

Aquella noche la mujer de Jensen tuvo que ir a buscarle a siete millas de la población.

Y así fue cómo el gigante Jensen recibió su primera paliza.

FIN